

*Antonio Gal y Zarate.*  
**U**n amigo en

candelero

---

J C

id.

ndt

, a

la l

del r

evie

183

dad

# AMIGO EN CANDELERO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

SU AUTOR.

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. LORRAS

N.º de la procedencia

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.

ACTORES.

DON GONZALO. . . . .	<i>Don Julian Romea.</i>
DON GABRIEL. . . . .	<i>Don Lázaro Perez.</i>
DON LOPE. . . . .	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
DON AQUILINO. . . . .	<i>Don Florencio Romea.</i>
LA CONDESA. . . . .	<i>Doña Matilde Diez.</i>
DOÑA CLARA. . . . .	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
FRANCISCO. . . . .	<i>Don Mariano Fernandez.</i>
TORIBIO. . . . .	<i>Don Ignacio Silvostrì.</i>

JUAN. — UN PORTERO. — CRIADOS.

---

La escena es en Madrid, á fines del año de 1719.

---

*Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

## ADVERTENCIA.

---

*Una comedia de las menos conocidas de Picard, titulada VANGLAS, me ha dado la idea de esta. He aprovechado algunas pocas situaciones de ella; pero estan presentadas de tan diferente modo, varían tanto en el desempeño, y en todo lo demas las dos obras son tan distintas, que aquello no quita á la mia la cualidad de original. Hago, sin embargo, esta advertencia, en obsequio de la verdad, aunque podria escusarla; pues semejantes imitaciones son permitidas en literatura y muy frecuentes aun en los escritores de mayor nombradía.*



---

# Acto primero.

---

*Sala decentemente amueblada. Puertas al foro y á los lados.*

## ESCENA PRIMERA.

*DOÑA CLARA. DON GABRIEL.*

CLARA. ¿Viste por fin á Orendana?

GABRIEL. Ya le vi, gracias á Dios.

CLARA. ¿Por ventura, se ha negado?

GABRIEL. De ningun modo, eso no;  
mas su casa es un castillo  
cuyas puertas, voto á brios,  
defiende de cien lacayos  
la insolente guarnicion.  
Ya se ve, de la fortuna  
el viento al fin le sopló,  
y hoy se encuentra en candelero,  
segun el dicho español.

El cardenal Alberoni  
le dispensa su favor,  
y hasta que le hacen ministro  
dice la pública voz.

CLARA. ¿Qué me cuentas?

GABRIEL. A no ser,  
lo que no estrañaré yo,  
que ese edificio de naipes  
de tan débil construccion  
se derrumbe y venga al suelo  
mas pronto que se elevó.

CLARA.

Pues qué, ¿recelas...?

GABRIEL.

¿Quién sabe?

El viento de la ambicion  
 en un piélagó inconstante  
 á navegar le lanzó;  
 y en las cortes la caida  
 solo hay segura en rigor.  
 ¿Ves á ese altivo ministro  
 que de humilde condicion  
 á la púrpura romana  
 y casi al trono se alzó,  
 revolviendo á toda Europa  
 con su genio emprendedor?  
 Pues quizá grandeza tanta  
 no es mas que vana ilusion  
 que én breve se desvanezca  
 cual niebla liviana al sol.

CLARA.

¿Pues acaso le amenaza...?

GABRIEL.

Es mera suposicion.

Corren con todo rumores,  
 se agitan hombres de pró...  
 Pero, hermana, estos asuntos  
 para mugeres no son.  
 Dejemos, pues...

CLARA.

Un hermano  
 fué siempre para los dos  
 Orendana: indiferente  
 no puede mi corazon  
 mostrarse á su dicha.

GABRIEL.

Es cierto;

y si algun dia el furor  
 de la suerte le lanzase  
 de tan alta elevacion,  
 recibéndole en mis brazos,  
 haré su golpe menor.

CLARA.

Nunca pensára en empleos;  
 y sin tanta esposicion,  
 quizá mas feliz le hiciera  
 nuestra amistad.

GABRIEL.

Y tu amor.

CLARA.

¿Mi amor!

GABRIEL.

¿No quedan cenizas

del antiguo fuego ?

CLARA.

¡ Ay Dios!

GABRIEL.

Ese suspiro me dice  
que no se estinguió tu ardor.

CLARA.

Inútil fuera negarlo :  
en mi sincera afición,  
de su naciente grandeza  
con gozo oía el rumor.  
¡ Necia de mí que ignoraba  
cómo se apaga veloz  
con los vientos cortesanos  
llama que humilde nació !  
Desde que de altos destinos  
le deslumbra el esplendor,  
ni aun he visto de su letra  
un amistoso renglon.  
El ingrato me ha olvidado,  
no hay duda : segura estoy  
de que por mí ni siquiera  
te ha preguntado.

GABRIEL.

Es error.

Me ha preguntado: en sus ojos  
sincero afecto brilló ;  
y estrechándome en sus brazos,  
tu nombre , aunque con rubor,  
le oí pronunciar... ¿ Qué quieres ?  
Los negocios de sí en pós  
arrebatan al que se halla  
en tan alta posición.

Es fuerza ser indulgente.

¡ Indulgente... ? ¡ Harto lo soy !

CLARA.

GABRIEL.

Gozoso estaba conmigo  
en dulce conversacion,  
cuando con prisa á palacio  
el cardenal le llamó.

Pasamos de pretendientes  
entre apretado escuadron,  
y metiéndose en su coche,  
al punto desapareció.

Mas me prometió primero  
que vendria á comer hoy  
con nosotros.

## ESCENA II.

DICHOS. JUAN.

JUAN. Señor...

GABRIEL. ¿Qué?

JUAN. Preguntan ahí por vos dos caballeros.

GABRIEL. ¿Sus nombres?

JUAN. Don Aquilino Muñoz el uno, y don Lope Estrada el otro.

GABRIEL. Que entren los dos. (*Vase Juan.*)

CLARA. ¿Muñoz y Estrada!

GABRIEL. Sí, amiga.

¿Te acuerdas de ellos?

CLARA. ¿Pues no!

GABRIEL. Amigos de nuestra infancia como Orendana. El favor nos harán de acompañarnos también á comer.

CLARA. Pues voy, voy corriendo á disponer...  
¿Tres convidados...! A Dios. (*Vase.*)

## ESCENA III.

DON GABRIEL. DON AQUILINO. DON LOPE.

GABRIEL. ¡Amigos míos!

LOPE. ¡Querido!

AQUILINO. ¡Gabriel del alma!

GABRIEL. Venid á mis brazos.

AQUILINO. ¡Tú en Madrid!

GABRIEL. Sí, amigos.

LOPE. Muy bien venido.

GABRIEL. ¿Os han dado mi recado?

LOPE. Y á verte luego acudí.

AQUILINO. Igual me sucede á mí.  
(*Señalando á don Lope.*)  
En la calle le he encontrado.

GABRIEL. Muy bien, muy bien: os lo estimo.

Años há que no nos vemos.

LOPE. ¡ Oh! mucho que hablar tenemos.

GABRIEL. Pero la risa reprimo.

Di: ¿qué trage es ese? (*A don Lope.*)

LOPE. ¿Cuál?

GABRIEL. El que llevas... ¿Quién diría...?

AQUILINO. Ha dado en esa manía.

LOPE. Es el trage nacional.

GABRIEL. Del siglo pasado.

LOPE. ¡Y bien!

¿Por eso he de despreciarle?

GABRIEL. Ya han dejado de llevarle,  
y hoy otras modas se ven.

AQUILINO. En ser antiguo se empeña.

LOPE. Sí, bien lo sé: solo es  
hoy de moda lo francés  
y lo español se desdeña;  
mas no admito ese embolismo,  
y es para mí necia empresa  
vestirnos á la francesa  
y gobernarnos lo mismo.

Nuestros usos buenos son,  
gloria adquirimos con ellos,  
y es necesidad el perdellos  
por los de estraña nacion.

¿A qué tales mamarrachos?

¿Porque es francés nuestro rey?

Hágase español, que es ley,  
y no nos haga gabachos.

Este trage que vistiera  
mi padre, lo he de llevar,  
y si llegase á no hallar  
sastre para él, yo lo hiciera.

¡Miren qué lindo atavío  
el vuestro! ¡Qué casacon!

¡Y el enorme pelucon!  
Yo sí que al veros me río.

Dénme la estrecha ropilla  
que ajustada al cuerpo viene,  
y el ferreruero que tiene  
donaire tal en Castilla:

dénme el chambergo sombrero

su pluma agitando ufano,  
 que quita el sol en verano  
 y las nieves en Enero:  
 dénme el pelo suelto, liso,  
 tal como Dios le ha criado,  
 no tanto rizo prestado  
 que para nada es preciso.  
 Aunque de verle te duela,  
 este trage es de provecho,  
 no el tuyo con que estás hecho  
 un mono de covachuela.

GABRIEL.

Muy bien, cada cual su gusto:  
 por eso no hay que reñir;  
 mas ¿no me querreis decir  
 cuál es vuestra suerte?

LOPE.

Es justo.

AQUILINO.

La mia es harto fatal.

GABRIEL.

¿Cómo, pues, buen Aquilino?

AQUILINO.

Dió en perseguirme el destino,  
 y todo me sale mal.

Despues de haber sido page  
 do fuí de hambre catedrático,  
 serví á un señor diplomático  
 con quien hice mas de un viaje.  
 El hombre escribia mucho,  
 cosas que nadie entendia,  
 y yo las copias hacia,  
 que en la letra soy muy ducho.  
 Gran secreto me encargaba  
 en sus escritos difusos;  
 mas ya por sí, de confusos,  
 el secreto se guardaba.

Español, francés, lo propio  
 era todo para mí:

de ello una maña adquirí,  
 y es no saber lo que copio.

Soy un imprenta viviente,  
 fiel reproduzco un escrito;  
 mas de ninguno, maldito

lo que me queda en la mente.

De esta gracia se prendó  
 cierto señor consejero,

que era del otro heredero  
y á mí tambien me heredó.  
Quísome un dia probar,  
y fué caso nunca visto:  
escribió un oficio, y listo  
yo me lo puse á copiar.  
Firma, cierro, el sobre pongo,  
y dice con falsa risa:  
llevad este pliego á prisa  
y hagan lo que en él impongo.  
Llévolo sin detencion  
á un alcalde; y por respuesta...  
¿creeréislo, amigos...? me arresta:  
era mi auto de prision.

LOPE.

¿Ah! ¿ah! ¿cuál te quedarias!

GABRIEL.

¿Te burlas?

AQUILINO

Podeis creerlo:

yo copié, sin conocerlo,  
aquella carta de Urías.

GABRIEL.

Es propiedad escelente.

AQUILINO.

Lo será; mas la maldigo:  
por ella nada consigo,  
y no paso de escribiente.

Veces mil el consejero  
colocarme prometió;  
mas de repente murió  
y de hambre otra vez me muero.

GABRIEL.

Ya te abrirá Dios camino.

¿Y tú, Lope?

LOPE.

¿Yo...? Contento:

ni ser pretendiente intento,  
ni sirvo para un destino.  
Mi deseo poco abarca;  
y sin que yerre la cuenta,  
con mil ducados de renta  
vivo como un patriarca.  
Tengo la lengua harto fresca,  
dícenme, para servir:  
verdades he de decir,  
que el callarme es mucha gresca.  
Pues ya llegué á conocellos,  
quedémonos, voto á tal,

- ellos gobernando mal,  
y yo murmurando de ellos.
- GABRIEL. Mira, vete con cuidado,  
que hay en España castillos.
- LOPE. Sí, pondrán á mis pies grillos,  
mas no á mi boca un candado.
- GABRIEL. ¡Bah! La suerte de los dos  
que hoy se mejore confío.
- AQUILINO. ¿De veras?
- LOPE. Calor ni frio  
me entra por...
- AQUILINO. Dime, por Dios.
- GABRIEL. ¿Os acordais de Orendana?
- AQUILINO. ¿El que es oficial mayor  
de...
- GABRIEL. Ése mismo.
- AQUILINO. Un buen señor.
- LOPE. ¡Bribon! ¡Le tengo una gana!
- GABRIEL. Con él estudiamos juntos,  
y era de los tres amigo.
- AQUILINO. Sí, sí, jugaba conmigo.
- LOPE. Siempre le ponian puntos.
- GABRIEL. Hoy vendrá á comer aqui;  
y por lo mismo os convidó.
- LOPE. ¿Sí...? Pues me marchó.
- AQUILINO. ¿Qué he oido?  
¿Mi amigo Gonzalo?
- GABRIEL. Sí.
- LOPE. Quedad con Dios.
- GABRIEL. ¿Dónde vas?
- LOPE. No quiero verle.
- GABRIEL. ¡Qué necio!
- LOPE. Le aborrezco, le desprecio.
- AQUILINO. Vaya, riguroso estás.  
Repito que es buen señor;  
y aunque su orgullo condeno,  
le basta para ser bueno  
el ser oficial mayor.
- LOPE. Le tengo por un zoquete.
- AQUILINO. Pues cuando en la escuela estaba,  
decias, si me cascaba,  
ese muchacho promete.

- LOPE. Ahora es rico y era pobre:  
¿cómo tan pronto ha podido...?
- AQUILINO. Los empleos, ya es sabido,  
en oro truecan el cobre.
- LOPE. Dicen que toma regalos  
por los destinos que da.
- AQUILINO. Eso mal hecho será,  
si los destinos son malos.
- LOPE. Si las faldas se interesan,  
no hay cuidado, cera es.
- AQUILINO. ¿Quieres sea descortés  
con las que al mundo embelesan?
- LOPE. Si es que no miente la fama,  
también le protege alguna.
- AQUILINO. Mucho que sí: su fortuna  
la debe toda á una dama;  
y esa es muy fundada queja:  
solo en él eso critico;  
pues siendo yo mejor chico,  
no hallo una que me proteja.
- GABRIEL. ¿Cómo! ¿Qué dices? ¿De veras?
- LOPE. Lo sabe todo Madrid.
- GABRIEL. Mas ¿quién es ella...? Decid.
- LOPE. La condesa de Figueras.
- AQUILINO. Camarera favorita  
de la reina.
- GABRIEL. ¡Y es posible!
- AQUILINO. Dicen que es bella y sensible.
- GABRIEL. ¡Dios mio...! (¡Pobre Clarita!)

#### ESCENA IV.

*DICHOS. DOÑA CLARA.*

- CLARA. Un coche paró á la puerta:  
sin duda será el amigo.
- GABRIEL. Sí, será... Vamos...
- AQUILINO. ¿Tan pronto?  
¡Valgame Dios, qué descuido!  
A verle voy, y no traigo  
siquiera un memorialito.  
Oye, Gabriel.

- GABRIEL. ¿Qué me quieres?
- AQUILINO. ¿Sin duda tendrás avíos de escribir?
- GABRIEL. ¿No he de tener?
- AQUILINO. ¿Necesitas...?
- AQUILINO. Te suplico me dejes...
- GABRIEL. En mi despacho podrás...
- AQUILINO. Muy bien... sí... solito será mejor.
- GABRIEL. ¿Qué pretendes?
- AQUILINO. Cuatro renglones ó cinco. Quiero que vea mi letra.
- GABRIEL. ¿Gonzalo?
- AQUILINO. Sí.
- GABRIEL. Ya adivino: ¿un memorial?
- AQUILINO. La ocasion aprovechar es preciso.
- GABRIEL. Bien.—Y tú, Lope, ¿no quieres...?
- LOPE. ¿Yo memoriales...? Pues digo que es mi genio para... Mas habia echado en olvido que me es forzoso escribir un par de cartas: lo mismo da aqui que en mi casa.
- GABRIEL. Pues yo os guiaré.
- AQUILINO. Ya te sigo.
- GABRIEL. Clarita, si es Orendana, que me avisen. (*Vanse.*)

## ESCENA V.

DOÑA CLARA. JUAN. Luego DON GONZALO.

- CLARA. (*Sola.*) ¡Ay, Dios mio!  
A verle voy... De temor,  
de gozo apenas respiro.
- JUAN. (*Sale y anuncia.*)  
Don Gonzalo de Orendana.

- CLARA. Pase adelante.
- GONZALO. (*Saliendo.*) ¡Qué miro!  
¡Clarita! (*Saluda.*)
- CLARA. (*Saludando.*) ¡Amigo...! — Avisad (*A Juan.*)  
luego á mi hermano.
- GONZALO. Os suplico  
no le incomodeis.
- CLARA. Tendrá  
sumo placer...
- GONZALO. Ya le he visto;  
y en tan grata compañía  
goza, esperando, un amigo.  
(*Vase Juan.*)
- CLARA. ¡Luego lo sois siempre?
- GONZALO. En esto  
la duda es agravio.
- CLARA. Estimo  
tanta fineza... Sentaos.
- GONZALO. Permitid...  
(*Da una silla á doña Clara y él toma otra.*)  
¡Qué nuevo hechizo  
han derramado los cielos  
en ese rostro divino!  
Años há que en triste ausencia  
privado de vos suspiro,  
y vuestra beldad con ellos  
en perfeccion ha crecido.  
Esos ojos me parecen  
mas tiernos, mas espresivos,  
y hora sus rayos añaden  
nuevo ardor á mi cariño.
- CLARA. Bien se ve que el cortesano  
lenguaje habeis aprendido,  
pues el labio lisonjero  
es del pecho tan distinto.  
Tambien vos, si no me engaño,  
mudanzas habeis tenido...  
No hablo, no, de las que elevan  
tan alto vuestros destinos,  
y por las que cordialmente,  
caballero, os felicito...  
Mas á par de la fortuna,

vuestro amor tambien ha ido,  
 ella subiendo á los cielos,  
 él bajando hasta el abismo.

GONZALO.

¡Qué injusta sois...! Es verdad:  
 en medio del torbellino  
 que hoy arrastra mi existencia,  
 ni siquiera yo á mí mismo  
 me pertenezco... Mil veces  
 me es fuerza dar al olvido  
 mis mas íntimos afectos,  
 hasta mi dicha... Albedrío  
 no tiene el que como yo  
 se halla al triste carro uncido  
 de este afanoso gobierno  
 al que como esclavo sirvo.  
 Pero no dudeis que aqui  
 viven siempre mis amigos,  
 y siempre...

CLARA.

No os apureis:  
 disculpas no necesito:  
 ni soy tan necia que ignore,  
 por mas que duela el decirlo,  
 lo que va de ayer á hoy,  
 lo que hay desde el pobre al rico.  
 Quien es ya tanto, y mañana  
 tal vez se vea ministro,  
 mal puede, ni bien le está,  
 guardar afectos mezquinos.

GONZALO.

No asi, Clara, os humilleis:  
 tan brillantes atractivos,  
 para quien sabe apreciarlos,  
 hasta de un trono son dignos.

CLARA.

Lisonjero estais... y advierto  
 que escaso siendo en escritos,  
 sois en las palabras largo.

GONZALO.

Lo direis porque...

CLARA.

Lo digo  
 porque algo de eso pudierais  
 en el papel haber dicho;  
 y el que ausente calla tanto,  
 siendo tan ponderativo,  
 prueba muy poco de amante,

y mucho de olvidadizo.

GONZALO.

Suele el sol, bien lo sabeis,  
bajo la tierra escondido,  
en noche larga y oscura  
hacer olvidar su brillo;  
mas luego que en la mañana  
bello, ardiente, puro y limpio,  
se alza sobre el horizonte  
con resplandores mas vivos,  
con nuevo ardor nos postramos  
ante sus rayos divinos.

Noche ha sido vuestra ausencia,  
fué olvidaros desatino;  
mas sale el sol otra vez,  
y ante él otra vez me rindo.

CLARA.

¿Poeta os habeis tornado?  
Permitid que os diga, amigo,  
que amor que así de metáforas  
anda á caza, no es cariño.  
Mas siguiendo la alusion,  
tambien cuando al cielo miro,  
encuentro en la noche estrellas,  
y una luna cuyo disco  
con luz apacible y grata  
reemplaza al sol escondido.

GONZALO.

Pero ante él desaparecen  
luego que...

CLARA.

¿Con que adivino?  
¿Luna ha habido?

GONZALO.

Por Dios, Clara,  
dejemos... Os lo repito:  
los negocios, mis deberes,  
fueron tan solo el motivo...

CLARA.

Turbado estais.

GONZALO.

No por cierto...  
Pero...

CLARA.

Mi hermano. (*Se levantan.*)

## ESCENA VI.

DICHOS. DON GABRIEL.

GABRIEL.

Querido,



Amor de niños es flor  
temprana que por la tarde  
ya está marchita.

GONZALO. ¿Y no queda  
nada?

GABRIEL. (*Apretándole afectuosamente la mano.*)

Amistad... y es bastante.

GONZALO. ¡Ah, Gabriel!

GABRIEL. ¿Qué?

GONZALO. ¿Cuál te engañas!

Aun tal vez ese amor arde.

GABRIEL. Entonces, lo siento, amigo:  
tendré otra vez que ausentarme.

GONZALO. ¿Qué dices?

GABRIEL. Que consentir  
en tu afecto no me es dable.

GONZALO. ¿No...? ¿Por qué?

GABRIEL. Tu posición...  
la nuestra...

GONZALO. ¿Ese agravio me haces?

¿Cabe en mí tan necio orgullo?

GABRIEL. No... mas otras causas...

GONZALO. ¿Cuáles?

GABRIEL. Respóndeme con franqueza.

¿Puedo sin temor confiarte  
la dicha de Clara?

GONZALO. Y qué,  
¿dudas?

GABRIEL. Ya que haces alarde  
de esa pasión... ¿es la sola  
por la cual tu pecho late?

GONZALO. ¿Qué dices?

GABRIEL. Nadie el origen  
de tu suerte ignora, nadie.  
Dicen que cierta condesa...

GONZALO. ¡Cielos!

GABRIEL. ¿Te turbas?

GONZALO. ¡Infames!

Y ¿han osado...?

GABRIEL. ¿Con que es cierto?

GONZALO. Pues bien... no quiero ocultarte...  
Es cierto... sí.— Bien te acuerdas;

llegué á Madrid miserable,  
 sin apóyo en mi desgracia,  
 ni esperanza en mis afanes.  
 Un acaso — largo fuera  
 este suceso contarte —  
 me dió luego á conocer  
 á esa muger... Era un angel  
 para mí entonces... Hermosa,  
 tierna, sensible y amante,  
 en el abismo en que estaba  
 me tendió mano amigable.  
 No sé si fué gratitud,  
 si fué amor... si tuvo parte  
 la ambicion... ello es que en breve  
 á sus pies logró postrarme.  
 Perdona, amigo, perdona:  
 no estaba Clara delante.  
 Y ¿dura ese lazo?

GABRIEL.  
 GONZALO.

Dura

por mi mal.

GABRIEL.  
 GONZALO.

¿Ya te cansáste?

Esa cadena ominosa  
 me es pesada, insoportable.  
 Quiero romperla, y no puedo:  
 la gratitud me retrae.  
 Y sin embargo, es preciso.  
 Esa muger tan amable  
 en otro tiempo, es ahora  
 un cruel tirano que atarme  
 pretende al yugo, y juguete  
 de sus caprichos me hace.  
 Por ella he de respirar:  
 mi voluntad sujetarse  
 debe á la suya: su antojo  
 hasta en los negocios graves  
 del gobierno, ha de ser ley  
 ante la cual todo calle.  
 Vana, imperiosa, no quiere  
 amor: quiere que me arrastre  
 á sus plantas, que la sirva,  
 y ella despótica mande.

GABRIEL.

¿Ah! ¿compraste tu fortuna

con tan torpe vasallage?  
¡Infeliz!

GONZALO.

Infeliz, sí...

Y ¡si estas penas bastasen!

Pero hay otras...

GABRIEL.

¡Otras!

GONZALO.

Todos

me envidian... ¡Necios...! No saben  
que este oropel que deslumbra  
capa es solo de pesares.

GABRIEL.

¿Qué escucho...? ¡Tú!

GONZALO.

Fiel amigo,

ahora á tí mi pecho se abre.

Alli donde acaso piensas

me cercan felicidades,

nada veo, nada alcanzo,

que mi existir no acibare.

¿Tengo riquezas...? son pocas.

¿Empleos...? miro delante

otros mas altos, y es fuerza

que en asaltarlos me afane.

Tú solo ves los honores

que logro... yo, miserable,

solo para el que me falta

ojos tengo perspicaces.

GABRIEL.

¿Hay alguno, por ventura,

que el cardenal no te alcance?

GONZALO.

¡El cardenal! ¿Piensas tú

que con él estoy en auge?

Te engañas... Pronto en mandar,

es tardo en recompensarme.

¿Podrás creerlo? Ayer mismo,

tras un trabajo importante,

le pedí... lo que ya tienen

otros mil que nada valen...

un hábito, una encomienda...

pues me la negó el infame.

GABRIEL.

Pero...

GONZALO.

Sé que me aborrece;

y es que teme le reemplace.

Hace bien... no estoy muy lejos...

¡Hemos de dejar nos mande

siempre un extranjero, el hijo  
de un hortelano, de un nadie?  
No, no consiente el orgullo  
español que así le ultrajen.

GABRIEL. No lo consiente... Y ya es fuerza  
que ese valimiento acabe.  
Y acabará, no lo dudes...  
Yo sé que no está distante.

GONZALO. ¡Cómo...! ¿Qué dices...? ¿Acaso  
sabes algo...? Di... no tardes.

GABRIEL. Sí, algo sé... Tú eres mi amigo,  
y es preciso que te salve.

GONZALO. ¡Salvarme...! ¿A mí...? ¿Qué hay...? Por Dios,  
¿qué riesgo puede cercarme?

GABRIEL. Escucha... De ese ministro  
los desacertados planes  
han sublevado en su daño  
á toda Europa.

GONZALO. No obstante,  
le temen.

GABRIEL. Francia, Inglaterra,  
han resuelto derribarle.

GONZALO. Mas tiene el favor del rey.

GABRIEL. El rey cede á los embates  
de su confesor.

GONZALO. ¿Qué dices?

GABRIEL. Han sabido ya ganarle.

GONZALO. Pero mientras de la reina  
el apoyo no le falte...

GABRIEL. Faltaré.

GONZALO. No puede ser.

GABRIEL. Ténlo por cierto.

GONZALO. Y ¿si cae  
Alberoni?

GABRIEL. Mucho temo  
que en su caída te arrastre.

GONZALO. ¡Cielos!

GABRIEL. Únete á nosotros;  
es el medio de salvarte.

GONZALO. Pero ¿cómo?

GABRIEL. Con mi pluma  
pienso empezar el combate.

En una memoria debo  
 hacer presentes los males  
 que ese imprudente ministro  
 causa á España... Puedes darme  
 los datos y documentos  
 que para hacerla me falten.  
 Nuestros amigos sabrán  
 este servicio importante.  
 Conservarás tu destino...  
 Y aun tal vez... En este lance  
 mas de una secretaría  
 habrá de quedar vacante...  
 Y tus talentos, tu celo...  
 Mas gente viene... Esta tarde  
 podremos de sobremesa  
 tratar... ¡Cuento con que guardes  
 este secreto!

GONZALO.

Bien puedes  
 tener confianza en que calle.

## ESCENA VIII.

DICHOS. DON LOPE. DON AQUILINO.

GABRIEL.

¡ Ah! nuestros amigos son.

AQUILINO.

*(Aparte, al salir, guardando un papel.)*

(Ya escribí mi memorial:  
 la letra no salió mal.)

LOPE.

(Allí está... ¡Qué farfanton!)

GABRIEL.

¿ Los conoces? *(A don Gonzalo.)*

GONZALO.

Tengo idea...

AQUILINO.

Soy Aquilino.

GONZALO.

Sí, sí.

¡ Oh! bien te conozco á tí.

¿ Estás bueno?

AQUILINO.

*(¡ Aun me tutca!)*

Famoso... Y ¿ vos?

GONZALO.

¿ Cómo, vos?

¿ Qué modo de hablar es ese?

AQUILINO.

¿ Cómo quereis que me espresé?

GONZALO.

¡ Eh! tú por tú, vive Dios.

AQUILINO.

¡ Tú por tú...! ¡ Modelo insigne

:

de amistad!

GONZALO.

Dame un abrazo.

(*Se abrazan los dos.*)

AQUILINO.

¡Dulce, delicioso lazo!

¡Que todo un mayor se digne...!

GONZALO.

(*Reparando en don Lope.*)

Mas ¿no es Lope?

LOPE.

El mismo soy.

GONZALO.

¡Calle! Parece salido  
de un cuadro viejo.

LOPE.

Vestido

segun se me antoja voy.

¡Bueno es que han de criticar...!

GONZALO.

¿Siempre mal genio, gruñon?

LOPE.

Pero sano el corazon.

GONZALO.

Y ¿te estás sin abrazar  
á tu amigo?

LOPE.

¡Vaya en gracia!

(*Se abrazan.*)

La verdad, yo te creía  
mas engreido.

GONZALO.

Podria

estarlo... Tu perspicacia  
conoce bien que en el puesto  
á que me encuentro elevado,  
de mil honores cercado,  
pudiera hallar un pretesto  
para... Mas no: ni el favor  
del ministro, ni el respeto  
de que do quier soy objeto;  
ni aun el brillo seductor  
de una corte que me aclama,  
y porque tal vez augura  
ya mi grandeza futura  
alza á los cielos mi fama;  
nada de esto vanidad  
infundir puede á mi pecho,  
cuando me hallo satisfecho  
en brazos de la amistad.

LOPE.

(¡Ay, ay, ay! Fuí una bestia  
en creer... Todo al revés;  
su orgullo pasa al través

de su fingida modestia.)

GONZALO. De esta importuna distancia  
que nos aleja, á pesar,  
¡cuán grato me es renovar  
los recuerdos de la infancia!  
¡Dichosa edad! Aun presentes  
tengo en la memoria mia  
sus palabras, su alegría,  
y sus juegos inocentes.

AQUILINO. Enternecido me siento,  
y lloro como un chiquillo.

GONZALO. ¡Cuál aquel tiempo sencillo  
lleno estaba de contento!

AQUILINO. (Favorable es la ocasion:  
le hallo propicio, jovial...  
Desenvaino el memorial,  
y entablo mi pretension.)

(*Alto, sacando su solicitud del bolsillo.*)

Amigo, si me atreviera...

GONZALO. ¿Qué es eso?

AQUILINO. Es un papelito.

GONZALO. ¡Un papel!

AQUILINO. Sí... me permito...

ya que tu amistad sincera  
me da aliento... pretender...

GONZALO. ¡Solicitudes! ¡Qué horror!

Aprovechemos mejor  
este instante de placer.  
Fuera negocios... Pensemos  
solamente en la amistad  
que nos une; y por piedad,  
los papelotes dejemos.

AQUILINO. Con todo, no estorbaria  
echártelo en el bolsillo:  
es para cierto empleillo...

GONZALO. ¡Quita allá...! ¡Qué tontería!  
Desde mañana podreis  
ir á mi casa: sus puertas  
para vosotros abiertas  
á cualquier hora hallareis.

AQUILINO. ¡Qué amabilidad! ¡qué agrado!

GONZALO. Ya que al fin os vuelvo á ver,

no acibareis el placer  
de encontrarme á vuestro lado.  
AQUILINO. (Ya de tan bueno se pasa.  
¿Qué le costaba tomar...?  
Guardemos... Sin mas tardar  
iré mañana á su casa.)  
(Guarda otra vez el memorial en el bolsillo.)

### ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA CLARA.

CLARA. Señores, cuando gustéis;  
la sopa está ya en la mesa.  
LOPE. ¡Oh! Santa palabra es esa.  
GABRIEL. Vamos luego.  
GONZALO. (Ofreciendo la mano á doña Clara.)  
Si gustais...  
CLARA. Gracias. (Aceptándola.)  
GONZALO. (Dirigiéndose á la puerta con doña Clara.)  
Con vuestra licencia.  
AQUILINO. ¡Qué fino...! Mas ¡voto á tal!  
¡no tomar mi memorial!  
Vamos á comer... ¡Paciencia!



---

---

# Acto segundo.

---

*Sala adornada con suma elegancia. Puerta á la derecha del actor, por la cual se entra de la calle. Otra puerta al foro que da paso á las habitaciones interiores de la casa. A la izquierda otras dos puertas: la una es la del gabinete de don Gonzalo, y la segunda, más hácia el foro, da á una habitacion reservada. Mesa con escribania. Entre las dos puertas de la izquierda, un tremó con mesa ó chimenea, y un reloj. Esta decoracion sirve para los demas actos. Al principio de éste se ven, sobre algunas sillas, la casaca, el sombrero, el espadin y los guantes de don Gonzalo.*

## ESCENA PRIMERA.

DON LOPE. DON AQUILINO. TORIBIO.

*(Estan los tres disputando á la entrada.)*

TORIBIO. Que no está el amu les digu.  
AQUILINO. Amiguito, yo bien sé  
que está en casa.  
TORIBIO. Está y no está:  
segun y conforme, pues.  
AQUILINO. Somos muy amigos suyos.  
TORIBIO. Amigus tiene á granel.  
AQUILINO. Nos ha mandado venir.  
TORIBIO. Esu podrá muy bien ser.  
AQUILINO. Pues entonces...  
TORIBIO. Ya me enfadu:

- en la antesala se esten.  
 LOPE. ¡Eh! vámonos. De ese bruto  
 no has de sacar nada.  
 AQUILINO. ¡Qué!  
 Si es muy amable. ¿No es cierto?  
 TORIBIO. Y ¿qué se le importa á él?  
 AQUILINO. Mucho que sí... Con que...  
 TORIBIO. Atrás,  
 AQUILINO. Sí, aquí estaremos...  
 TORIBIO. ¿Non ven  
 que este es el cuartu del amu?  
 AQUILINO. Por lo mismo.  
 TORIBIO. ¡Qué moler!  
 Atrás digu.  
 AQUILINO. ¿Qué mas da?  
 TORIBIO. ¿Si agarru una tranca?

## ESCENA II.

DICHOS. FRANCISCO,

- FRANCISCO. ¡Eh!  
 ¿Qué es eso?  
 TORIBIO. Estus hombres...  
 FRANCISCO. ¿Quando  
 aprenderás á tener  
 crianza?  
 TORIBIO. Es que...  
 FRANCISCO. Estos señores  
 se dice, bárbaro.  
 AQUILINO. Bien.  
 Este es otro hombre. (*A Lope.*)  
 TORIBIO. Es que dale  
 con que han de entrar.  
 AQUILINO. Ya se ve  
 que sí... Somos amigotes  
 de don Gonzalo; y porque él  
 lo ha dicho, venimos.  
 TORIBIO. Comu  
 si non dijera á otros cien  
 lo mismu, y jamas...  
 FRANCISCO. ¡Eh! Calle.

¿Pues se habian de atrever  
personas de tan buen porte  
á decir lo que no es?

AQUILINO. Ya se ve que no.

FRANCISCO. Yo creo  
que amigos deben de ser  
pues lo dicen.

AQUILINO. Y muy grandes.

FRANCISCO. Ni el amo puede ¿entendeis?  
cosas que no ha de cumplir  
á ninguno prometer.

AQUILINO. Este sí que es buen criado.

FRANCISCO. Mas yo espero que á su vez  
se harán cargo estos señores  
de la razon, y esponer  
no nos querrán á que el amo  
nos reconvenga... Asi, pues,  
no estando hoy su señoría  
visible, les rogaré  
que dispensen y que vuelvan  
mañana... pasado... — ¿Ves, (*Bajo á Toribio.*)  
majadero? Esto es hablar.

AQUILINO. Sí... pero...

TORIBIO. (¿Tiene un aquel!)

AQUILINO. Veo visiones.

LOPE. Lo dije :

¿si esto tenia que ser!

FRANCISCO. (*Empujándolos hácia la puerta.*)

Con que, señores...

AQUILINO. Oid...

un momento...

FRANCISCO. No podré...

LOPE. ¿Hacerme venir para esto!

Hecho estoy un Lucifer.

Tú tienes la culpa. (*A Aquilino.*)

AQUILINO. ¿Yo?

Pero le aseguro á usted  
que él mismo...

FRANCISCO. Sí... no lo dudo...

lo creo... Mas mi deber...

mi responsabilidad...

Lo siento... pero otra vez...

Tened la bondad... Yo mismo  
á acompañaros saldré...

*(Los continúa acorralando hácia la puerta con muchas cortesías.)*

AQUILINO. Mil gracias... lo estimo... ¿Cuándo podremos...?

FRANCISCO. Cuando gustéis.  
Bésoos la mano... Id con Dios...  
Que volvais celebraré.

*(Los echa fuera, y les da con la puerta en la cara. Se vuelve luego con aire de importancia hácia Toribio.)*

Ya lo has visto, majadero;  
esto se llama tener  
buen modo. Con todo el mundo  
gastar palabras de miel;  
adquirir reputacion  
de bien hablado y cortés.  
¿Sueltan la mosca? Adelante.  
¿No sueltan? Hasta mas ver.  
Se sirve al que da: al que no,  
lo que con estos.

TORIBIO. Muy bien.

Aprenderélu.

FRANCISCO. No olvides  
la leccion... Y hasta despues. *(Vase Toribio.)*

### ESCENA III.

DON GONZALO. FRANCISCO.

*(Sale Orendana con bata.)*

GONZALO. ¿Y bien, Francisco?

FRANCISCO. Señor...

GONZALO. ¿Ha venido don Gabriel?

FRANCISCO. No, señor.

GONZALO. Pues en viniendo,  
que entre al momento.

FRANCISCO. Está bien.

*(Vase Francisco.)*

## ESCENA IV.

*DON GONZALO. (Se sienta.)*

Impaciente ya le espero.  
 Con los datos que le he dado  
 la memoria habrá acabado.  
 El tiro será certero.  
 Sí, sí, señor cardenal,  
 yo me vengaré de vos,  
 puesto que osais, vive Dios,  
 premiar mi celo tan mal.  
 ¿La encomienda me negais?  
 Favor con favor se paga:  
 vereis cuán presto se apaga  
 ese brillo que ostentais;  
 y luego que el puesto ocupe  
 do estais, deciros podré:  
 lo que por vos no alcancé,  
 por mí conquistarle supe.  
 Roto habeis con tal desprecio  
 de un vil respeto la traba;  
 antes mi ambicion dudaba,  
 dudar ya fuera ser necio.  
 Subamos... Mas la condesa  
 toda mi dicha acibara...  
 ¡Ah! solo aqui, ya de Clara  
 llevo la imagen impresa...  
 ¡Qué hermosa estaba! Al mirar  
 su hechizo, mi corazón  
 volvió á la antigua pasión...  
 ¡Cómo la pude olvidar!  
 Y ella me ama todavía,  
 bien ayer lo conocí...  
 Necio, alejemos de mí...  
 Tal pasión me perdería.  
 ¡Yo amar...! ¡Atroz desatino!  
 Medraré sin duda alguna,  
 si andando tras la fortuna  
 amor me sale al camino.

## ESCENA V.

DON GONZALO. DON GABRIEL. FRANCISCO.

FRANCISCO. Don Gabriel de Solís. (*Anunciando.*)

GONZALO. (*Levantándose.*) Bueno,  
que entre al punto.

(*Vase Francisco: sale don Gabriel.*)

Te esperaba,  
amigo, con impaciencia.  
Y bien, ¿tienes acabada  
la memoria?

GABRIEL. Aquí la traigo.

Mira. (*Saca un cuaderno.*)

GONZALO. Muy bien.

GABRIEL. Algo larga;  
pero...

GONZALO. No importa: el asunto  
lo exige: tela cortada  
aun habria para mas.

GABRIEL. He querido antes de darla  
á la prensa, que despacio  
la leas.

GONZALO. Pues sin tardanza  
vamos...

GABRIEL. No: lejos de aqui  
cierto negocio me llama.  
Quédate con ella: á solas  
podrás luego examinarla.

GONZALO. Mejor será... ¿Dónde piensas  
imprimirla?

GABRIEL. Pienso en Francia.

GONZALO. Sé de una imprenta secreta  
donde con toda confianza  
podrás...

GABRIEL. ¿Sí? Pues lo prefiero.

GONZALO. Yo hablaré al dueño.

GABRIEL. Y ¿quién saca  
la copia? Pues no quisiera  
que mi letra...

GONZALO. Es cierto.

GABRIEL. Aguarda...

Acaso nuestro Aquilino...

GONZALO. Tienes razon.

GABRIEL. Con la gracia  
que tiene... Ya sabes.

GONZALO. Sí:

la que ayer tarde contabas.

GABRIEL. Fuera de ser muy callado,  
ni aun notará...

GONZALO. ; Cosa rara!

En fin, mejor que otro alguno  
será él... ; Sabes su casa?

GABRIEL. Él y Lope estan ahí.

GONZALO. ; Han venido?

GABRIEL. Se marchaban ;  
mas yo los hice volver ;  
esperan en la antesala.

GONZALO. Muy bien.

GABRIEL. Hasta luego.

GONZALO. Abur.

GABRIEL. ; Ah! toma: se me olvidaba  
volvete...

GONZALO. ; Los documentos?

GABRIEL. Y tus notas.

GONZALO. Bueno... ; Nada  
se ha estraviado?

GABRIEL. No... A Dios. (*Vase.*)

## ESCENA VI.

*DON GONZALO. FRANCISCO.*

GONZALO. ; Francisco!

FRANCISCO. ; Señor!

GONZALO. Que traigan  
el chocolate.

FRANCISCO. Voy luego.

GONZALO. ; Ah! Dos sugetos que aguardan  
ahí fuera...

FRANCISCO. Es verdad... Dijeron  
que es usía quien los llama.

GONZALO. Sí... Que entren luego.

(*Vase Francisco. Don Gonzalo se sienta y se pone á  
leer el manuscrito.*)

Veamos  
 cómo empieza. — Buena entrada:  
 me gusta... Tiene una pluma  
 este buen Solís que pasma.

### ESCENA VII.

DON GONZALO. DON LOPE. DON AQUILINO. FRANCISCO.

(*Don Gonzalo continúa leyendo sin reparar en nada. Don Aquilino y don Lope salen sin hacer ruido.*)

- AQUILINO. Al fin logré colarme,  
 y es preciso con gracia presentarme;  
 que aunque es tan buen amigo,  
 siempre de urbanidad las reglas sigo.
- LOPE. ¡Que tan débil yo sea,  
 que aquí cual pretendiente hora me vea,  
 tan solo por seguirte!
- AQUILINO. Hazme el favor, amigo, de no irte;  
 pues tengo el genio corto,  
 y en viéndome solito ya me corto.
- LOPE. ¡Nos recibe sentado!
- AQUILINO. En algun grave asunto está engolfado.
- GONZALO. (¡Qué lógica! ¡qué estilo!) (*Leyendo.*)
- LOPE. ¡Ni aun repara en nosotros!
- AQUILINO. En un hilo  
 tengo el alma... Es forzoso  
 acercarme... ¡Amiguito!
- GONZALO. (*Leyendo.*) (¡Primoroso!)
- AQUILINO. ¡Gonzalo!
- GONZALO. (¡Es un portentoso  
 este trozo!)
- AQUILINO. ¡Amiguito!
- LOPE. (*Tomando una silla.*) Yo me siento.
- AQUILINO. ¿Qué haces, hombre...? Hazte cargo...
- LOPE. aguardo á que despierte del letargo.
- GONZALO. ¿Quién es...? ¡Ah! Buenos días,  
 Aquilino... Pensé que no venias.
- AQUILINO. ¿Yo no venir? ¡Oh cielo!  
 Cuando era el verte mi mayor anhelo.
- GONZALO. ¿Y Lope?



AQUILINO. Dicen que está muy buena esa señora.

(*Se echan á reir don Gonzalo y don Lope.*)

¡Qué demonios de risa!

(*Ya acabó.*)

(*Don Gonzalo acaba de tomar el chocolate, se levanta y dice á Francisco:*)

GONZALO. Vamos tú, vísteme á prisa.

Perdonad la franqueza:

os trato como amigos.

AQUILINO. ¡Qué llaneza!

LOPE. Esto pasa de raya.

AQUILINO. (Y no le entrego el memorial... ¡mal haya...!)

GONZALO. ¡Qué torpe estás, maldito! (*A Francisco.*)

AQUILINO. Te ayudaré, si quieres, un poquito.

(*Le ayuda á ponerse la casaca.*)

GONZALO. Gracias.

AQUILINO. He sido page.

GONZALO. El espadin.

FRANCISCO. No le hallo. (*Buscándole.*)

GONZALO. ¡Qué corage!

AQUILINO. No te enfades por eso.

Toma. (*Cogiéndole de donde está, y dándosele.*)

LOPE. (*Aparte.*) (Para eso sirve este camueso.)

GONZALO. Eres muy buen muchacho.

AQUILINO. Siempre fui servicial y vivaracho.

(¡Ó cuánto tiempo pierdo...!

Entreguemos...)

GONZALO. Ahora que me acuerdo:

si no me han engañado,

tienes muy buena letra.

AQUILINO. La he cursado

bastante. ¡Quieres verla?

Aquí traigo... (*Le da el memorial.*)

GONZALO. Muy bien.

AQUILINO. Soy una perla

para esto de...

GONZALO. Me agrada.

AQUILINO. Con tanta habilidad no gano nada.

GONZALO. ¿Quieres ser mi escribiente?

LOPE. ¡Famoso empleo!

AQUILINO. No hay inconveniente...

GONZALO. Casa tendrás, y mesa;

cien doblones al año; y la promesa  
te hago de un buen empleo.

AQUILINO. Colmas con eso, amigo, mi deseo.

GONZALO. Pues quedas instalado.

Luego que haya este escrito revisado  
una copia pretendo  
que saques al instante.

AQUILINO. Eso corriendo.

Ya soy feliz, amigo. (*A Lope.*)

LOPE. Te doy la enhorabuena.

GONZALO. A Dios.

AQUILINO. ¿Te sigo?

GONZALO. No... Mas escucha. (*Volviendo.*)

AQUILINO. Escucho.

GONZALO. Eres mi amigo.

AQUILINO. Sí.

GONZALO. Te quiero mucho.

Pero ya te haces cargo  
que entre los dos ahora el trecho es largo.  
Sin ser yo vanidoso,  
guardar cierto decoro me es forzoso;  
y oyera criticarme  
si te vieran aquí de tú tratarme.

AQUILINO. ¡Ah!

GONZALO. Desde este momento  
acostúmbrate á darme el tratamiento.  
No es cosa tan molesta,  
y decir señoría poco cuesta.

AQUILINO. Ya... ya...

LOPE. Dios guarde á usía,  
mi señor don Gonzalo.

GONZALO. (*Volviendo y con despego.*) ¡Ah! no advertía...  
Abur... Sabes la casa:  
cuando gustes venir...

LOPE. (*La ira me abrasa.*)

GONZALO. Como ahora lo has sido  
en ella serás siempre recibido. (*Vase.*)

DON LOPE. DON AQUILINO.

(Don Lope furioso, y don Aquilino muy contento, pasean con paso largo la escena, cruzándose repetidas veces.)

LOPE. Estoy volado, furioso.  
 AQUILINO. Ya tengo, en fin, lo que quiero.  
 LOPE. ¡Estos los amigos son!  
 AQUILINO. ¡Qué hombre tan noble, tan bueno!  
 LOPE. ¡Recibirnos de este modo!  
 AQUILINO. ¡Darme á mí tan buen empleo!  
 LOPE. ¡Tratarnos con tal orgullo!  
 AQUILINO. ¡Su escribiente nada menos!  
 LOPE. ¡Tengo una rabia!  
 AQUILINO. ¡Con casa!  
 LOPE. Me da intencion...  
 AQUILINO. ¡Y el cubierto!  
 LOPE. Es un vil.  
 AQUILINO. ¡Y cien doblones!  
 LOPE. ¡Ó qué furor!  
 AQUILINO. ¡Qué contento!  
 LOPE. (Asiendo fuertemente por el brazo á Aquilino.)  
 ¿ No es verdad que es un tunante, un mal hombre, di, no es cierto?  
 AQUILINO. ¿ Quién?  
 LOPE. Orendana.  
 AQUILINO. No tal:  
 es amigo verdadero.  
 LOPE. ¿ Estás satisfecho de él?  
 AQUILINO. Sí, lo estoy: muy satisfecho.  
 LOPE. Anda; que eres un pobre hombre.  
 AQUILINO. Poco á poco, caballero:  
 no hay que insultarme. Yo soy...  
 LOPE. Un cuitado.  
 AQUILINO. ¿ Cómo es eso?  
 LOPE. Un mentecato.  
 AQUILINO. ¡ Cuidado!  
 LOPE. Un tonto.

AQUILINO.                                    ; Por vida!  
 LOPE.    Un necio.  
 AQUILINO.                                Como me llegue á enfadar...  
 LOPE.                                        Merecias...  
 AQUILINO.                                ; Qué merezco?  
 LOPE.                                        Ser...  
 AQUILINO.                                ; Qué?  
 LOPE.                                        ; Lo digo?  
 AQUILINO.                                Sí: dilo.  
 LOPE.                                        Escribiente no: portero. (*Vase.*)

### ESCENA IX.

*DON AQUILINO, solo.*

Ya se ve que lo sería,  
 y á dos manos tomaría,  
 sin que me importase un rábano,  
 el ser portero mayor:  
 que es empleo de provecho,  
 y entre velas de desecho,  
 papel, gages, y otras cúbicas,  
 hecho estuviera un señor.  
 Mas aqui tengo mi avío:  
 ;ó qué fortunon, Dios mio!  
 Salióme esta vez mi cálculo,  
 y Dios me ha venido á ver.  
 Aunque el sueldo es algo exiguo,  
 que hay provechos averiguo;  
 y si entiendo la farándula,  
 podré triplicar mi haber.  
 Es una mina palacio;  
 ;y mi humilde cartapacio  
 con ministeriales rúblicas  
 tornárase un Potosí!  
 Sino, cuéntelo mi amigo:  
 él era un pobrete... y digo:  
 miren si con linda mónita  
 supo hacer su agosto aqui.  
 No tengo ambicion de gloria;  
 y dar vueltas á una noria  
 debe el que con bulla y trápala

aspira al favor real;  
 mas un empleo bobo  
 donde en mi silla me arrobo  
 y cobro puntual las nóminas,  
 es la dicha celestial.

Y si amor al fin me pica,  
 y encuentro una novia rica  
 brindándome con su tálamo  
 entre holandas y cambray,  
 me dormiré sin orgullo  
 de su voz al blando arrullo;  
 y olvidando al munto estólido  
 seré feliz si los hay.

### ESCENA X.

*BON AQUILINO. LA CONDESA.*

CONDESA. (*Dentro.*) No importa, no, quiero entrar.

AQUILINO. Alguien se acerca... ¡Ay de mí!  
 una señora... Tomemos  
 un aire noble y civil.

CONDESA. (*Saliendo.*) No hay que avisarle.

AQUILINO. (*¡Que lástima*  
*que mi vestido esté así!*)

CONDESA. ¿Quién será este caballero?

AQUILINO. (*¡Ó qué hermosa! ¡qué gentil!*)

CONDESA. ¿Y don Gonzalo?

AQUILINO. Señora...

(*¡Qué bien puesta!*)

CONDESA. ¿No está aquí?

AQUILINO. Se halla en ese gabinete.

CONDESA. ¿Visible?

AQUILINO. No sé decir.

CONDESA. Ya; como no sois de casa...

AQUILINO. Yo... señora... permitid...

que os diga...

CONDESA. ¿Qué?

AQUILINO. Que lo soy.

CONDESA. Como nunca en ella os vi.

AQUILINO. Es verdad: hace un instante  
 me acaban de recibir.

- CONDESA.                   ¿De criado?
- AQUILINO.                   ¿Oh! no por cierto.
- CONDESA.                   ¿De mayordomo?
- AQUILINO.                   Subid ;  
pico mas alto.
- CONDESA.                   ¿De qué?
- AQUILINO.                   He estudiado, sé latin ;  
aun he arrastrado bayetas  
allá en Valencia del Cid ;  
y nada menos, señora,  
que un bachiller veis en mí.
- CONDESA.                   (Este hombre es un mentecato.)
- AQUILINO.                   (La anonadé.)
- CONDESA.                   Pero al fin...
- AQUILINO.                   De mi señor don Gonzalo  
soy... (¿Cómo lo he de decir?)  
secretario.
- CONDESA.                   ¿Secretario?
- AQUILINO.                   Secretario.—(Algo mentí ;  
mas debo honrar el destino :  
todo al cabo es escribir.)
- CONDESA.                   Pues os doy la enhorabuena.
- AQUILINO.                   Yo la recibo, y *merci*,  
como dicen los franceses.
- CONDESA.                   ¿Habeis estado en París?
- AQUILINO.                   He servido á un diplomático ;  
y há tres años por Abril  
que fuí con él de embajada  
á la corte del rey Luis.
- CONDESA.                   Pues sois, amigo, un estuche.  
¿Donde os pudo descubrir  
don Gonzalo?
- AQUILINO.                   Hace ya tiempo  
que nos conocemos.
- CONDESA.                   ¿Sí?
- AQUILINO.                   Hemos estudiado juntos ;  
y era tan diestro y sutil,  
que él hacia las maldades,  
y me pegaban á mí.
- CONDESA.                   Lo creo.
- AQUILINO.                   Por eso somos  
uña y carne hasta morir.

- CONDESA. ¡Hola! ¡Hola!
- AQUILINO. Y así ayer  
cuando á encontrarle volví...
- CONDESA. ¿Ayer? Pues ¿en dónde?
- AQUILINO. En casa  
de don Gabriel de Solís  
nuestro amigo.
- CONDESA. No conozco...
- AQUILINO. Postigo de San Martín,  
número seis.
- CONDESA. ¿Qué me importa?
- AQUILINO. Soy puntual en referir.
- CONDESA. Mas ese Solís ¿quién es?
- AQUILINO. Vino hace poco á Madrid.
- CONDESA. ¿A qué?
- AQUILINO. No sabré deciros.  
Mas lo cierto es que comí  
ayer con él y Orendana.
- CONDESA. (¿Qué misterio es este...? ¡Él ir...!)
- AQUILINO. Tiempo hacia ya que estábamos  
separados. ¡Qué feliz  
momento aquel! ¡Y cuán dulce  
vernos juntitos allí!  
Y porque nada faltase,  
hasta una niña gentil  
con dos ojos como soles  
y un rostro de serafín.
- CONDESA. (¡Una muger...! Si por ella...)  
¿Cómo...! ¿Una jóven, decís?
- AQUILINO. Sí.
- CONDESA. ¿Bella?
- AQUILINO. Divina.
- CONDESA. ¿Y es?
- AQUILINO. La hermanita de Solís.
- CONDESA. ¿Su hermana...! Ayer la vería  
por vez primera... ¿Es así?
- AQUILINO. ¿Qué! si se han criado juntos.
- CONDESA. ¿Juntos!
- AQUILINO. Y si he de decir  
lo que siento... (Tente, lengua;  
ya iba á charlar.)
- CONDESA. Proseguid.

- AQUILINO. Nada, nada.
- CONDESA. Pero ¿qué?
- AQUILINO. ¿Qué os importa á vos ni á mí?
- CONDESA. Curiosidad... ¿Se querrán?
- AQUILINO. ¡Eh! ¡eh! sería mentir...
- CONDESA. ¿Con que se aman?
- AQUILINO. Yo no digo nada de eso.
- CONDESA. Lo leí en vuestros ojos.
- AQUILINO. Mis ojos mienten.
- CONDESA. ¡Pérfido! ¡Hombre vil!
- AQUILINO. ( ¡ Qué afán por averiguar! )
- CONDESA. No pienses que he de sufrir...
- AQUILINO. ( ¿ Qué mosca la pica? )
- CONDESA. ¡ Infiel! ¿ Merec premio tan ruin la condesa de Figueras?
- AQUILINO. ( ¡ La condesa...! Ahora sí que la hice buena. ¡ No es nada! ¡ Su protectora...! ¡ Ah, mastin! )  
( *Se da de bofetadas.* )
- CONDESA. ¿ Qué haceis?
- AQUILINO. Nada... Era una abispa.
- CONDESA. Me he de vengar.
- AQUILINO. ¡ Por San Gil! Aquello ha sido una chanza. ¡ Tener él ese desliz! Pues bonito es para... ¡ Y ella! No va el agua por ahí. Y luego... no vale nada... Es fea... Quiero decir... fea no... pero... una cosa... ni agua ni pescado... así... sosa... sin gracia... pues... eso... sin gracia... ¡ Vaya...! Si hay mil leguas de distancia entre ella y... ( ¡ Jesus! Iba á añadir otra necedad... Me embrollo... En buen lío me metí. )

## ESCENA XI.

DICHOS. DON GONZALO.

- GONZALO. Iba en tu busca, Aquilino.  
¡Ah! señora... permitid...
- CONDESA. Por mí no os incomodeis.
- GONZALO. Escucha.
- AQUILINO. Ya escucho: di...  
¡Ah! olvidaba..., diga usía.
- GONZALO. (*Apartándole á un lado.*)  
Hallarás con que escribir  
en aquel cuarto... Al instante  
del papel que ves aquí  
me has de sacar una copia.
- AQUILINO. Es la letra de Solís. (*Mirando el manuscrito.*)
- GONZALO. Sí... calla... Es un documento  
que importa no descubrir.  
Conviene mucho el secreto.
- AQUILINO. Ya sabes que yo...
- GONZALO. Sí, sí;  
por eso en tí solo fio.  
No tardes.
- AQUILINO. Me he de lucir.  
Seis pliegos... Aunque no duerma,  
esta noche les doy fin. (*Vase.*)

## ESCENA XII.

LA CONDESA. DON GONZALO.

- GONZALO. (¡Esta muger...! Su presencia  
llega á serme insoportable.)
- CONDESA. (Sí... lo conozco... es culpable.  
Ya le turba la conciencia.)
- GONZALO. (Si yo pudiera evitar...) (*Quiere irse.*)
- CONDESA. ¿Qué es eso? ¿Os vais?
- GONZALO. ¡Ah! señora...  
Perdonad... Me llama ahora...  
Necio he sido en olvidar...
- CONDESA. ¡Olvidar! Defecto es ese  
que hace algún tiempo os aqueja.

- GONZALO.           ¿ A mí ?
- CONDESA.                 A vos.
- GONZALO.                 ¡ Injusta queja!
- CONDESA.                 Harto justa, aunque me pese.
- GONZALO.                 No sé...
- CONDESA.                 ¿ No? Pues entre ciento,  
citaros puedo un olvido.
- GONZALO.                 ¿ Cuál ?
- CONDESA.                 El de ayer.
- GONZALO.                 No he podido...  
No me dejan ni un momento...
- CONDESA.                 ¡ Bravo chasco me llevé!  
Yo que obsequiaros queria...  
Todas mis galas lucia,  
nuevo aderezo estrené...  
La corte entera allí estaba :  
hubo baile, se cantó...  
Nada á la funcion faltó,  
sino aquel por quien se daba.
- GONZALO.                 Me detuvo el cardenal  
despachando hasta muy tarde.
- CONDESA.                 De embustero hacéis alarde ;  
mas hora mentís muy mal.
- GONZALO.                 ¡ Cómo, señora...!
- CONDESA.                 ¿ Pues no ?
- ¿ Ignorais que su eminencia  
la funcion con su presencia  
honrar tambien se dignó ?
- GONZALO.                 No lo ignoraba... Por eso:  
mientras él se divertia,  
yo con mi deber cumplia ;  
y toda la noche preso...
- CONDESA.                 Falso, traidor: tu mentira  
de tu delito es la prueba.  
¡ Que á engañarme así se atreva!  
¿ No temes mi justa ira ?
- GONZALO.                 ¡ Oh, qué necia desconfianza !
- CONDESA.                 ¿ Quién te detuvo? ¿ dó fuiste ?  
Lejos de mí ¿ qué te hiciste ?  
Habla... pronto... ¡ ah, qué tardanza!
- GONZALO.                 Señora, por Dios, mirad...
- CONDESA.                 ¿ Piensas, infiel, que lo ignoro?

- No, que tus pasos esploro,  
y sé toda la verdad.
- GONZALO. Abusais de vuestro imperio,  
señora... Es cierto, un amigo  
me detuvo ayer consigo,  
y no hay en esto misterio.
- CONDESA. Sí, don Gabriel de Solís.
- GONZALO. El mismo... Pues lo sabeis...
- CONDESA. Tarda confesion haceis;  
y aun no todo lo decís.
- GONZALO. ¿Qué mas...?
- CONDESA. ¿No tiene una hermana?
- GONZALO. Sí, tiene.
- CONDESA. Jóven, hermosa...
- GONZALO. Puede.
- CONDESA. Tierna, cariñosa...
- GONZALO. No sé.
- CONDESA. Que á su yugo, ufana,  
os sujetó...
- GONZALO. ¿Teneis celos?
- CONDESA. Vamos, eso es delirar.
- GONZALO. Queréislo en vano negar.
- CONDESA. Dejad tan necios recelos.
- GONZALO. ¿No es fundado mi temor?
- CONDESA. *(Con ironía.)*  
Será esa niña un portento.
- GONZALO. ¿Quién dice...?
- CONDESA. Gracia, talento:  
hecha, en fin, para el amor.
- GONZALO. Por Dios...
- CONDESA. Y ¿qué señorío  
habrá en su talle, en su porte!  
Vendrá á asombrar á la corte.  
¿No es verdad...? ¡Ah! ¡ah! me río.
- GONZALO. Pero...
- CONDESA. Su aire provinciano  
va á dar gran golpe en Madrid.  
¿Cuándo veremos, decid,  
á la hermana y al hermano?
- GONZALO. Ya el sufrimiento me falta.  
Bien está... Pues asi os plugo,  
rompiendo mi odioso yugo,

toda mi bilis se exalta.  
 Libre, en fin, me miro ya;  
 y volviendo por mi honor,  
 lo que hasta aqui fuera amor,  
 odio, desprecio será.

CONDESA.

¿Qué decís?

GONZALO.

La gratitud  
 no exige que me envilezca,  
 ni que á tal punto carezca  
 este pecho de virtud.  
 Mucho habeis hecho por mí,  
 no lo niego: proteccion,  
 generosa compasion,  
 y aun amor os merecí:  
 con vos mi deuda es inmensa,  
 mi voz do quier lo declara;  
 mas ya, cuando se echá en cara,  
 el beneficio es ofensa:  
 ni es el amor, en verdad,  
 digno de tenerse en cuenta,  
 si exigir en premio intenta,  
 en vez de amor, libertad.  
 Yo amor os dí, lo sabeis:  
 en ello escaso no he sido;  
 mas no amante, envilecido,  
 solamente me quereis.  
 Basta, pues, basta, por Dios  
 nuestra suerte asi lo ordena:  
 rompamos tan vil cadena,  
 quedemos libres los dos.

CONDESA.

Bien... muy bien... seguid... con calma...  
 lo veis... escuchando estoy...  
 oidos atenta os doy...  
 abrid con franqueza el alma.  
 Tuvísteis que fingir mucho...  
 ya el disimulo dejais...  
 Qué... ¿mas de vuestros no hallais?  
 Proseguid... hablad... Ya escucho.

GONZALO.

Señora, yo...

CONDESA.

Mas ¿qué veo?  
 ;Bajas la vista, traidor!  
 ;Ah! mi venganza mayor

fuera cumplir tu deseo.  
 Pues bien, sí... libre te dejo  
 de esta bárbara opresion:  
 respire tu corazon...  
 ¿Quieres mas...? De tí me alejo.  
 A Dios... Vive ya contento...  
 Mas oye... en tu compañía,  
 por tu infame alevosía,  
 te dejo el remordimiento.

GONZALO.

¡Ah!

CONDESA.

Pues ¿qué piensas? ¿Así  
 se engaña á una desdichada?  
 ¿Así se dice: no hay nada...  
 A Dios... no te conocí?  
 No, por mucho que se haga,  
 siempre el amor deja brecha:  
 podrá arrancarse la flecha,  
 pero allí queda la llaga.  
 Yo á un pérfido solo pierdo,  
 leve será mi dolor;  
 tú... no sentirás mi amor,  
 mas te ahogará mi recuerdo.

GONZALO.

¡Condesa!

CONDESA.

Y ¡osas quejarte!  
 Y ¡osas hablar de opresion!  
 ¡Opresion! Tienes razon;  
 pero dime, ¿de qué parte?  
 ¿Qué te he pedido yo, ingrato?  
 Que me amaras, lo dijeras,  
 y que á mi lado estuvieras  
 en dulce amoroso trato.  
 ¿Opresion esto se llama?  
 ¡Ah! sí, lo es, y terrible;  
 mas opresion insufrible  
 solo para quien no ama.  
 ¡Yo sí que he sido tu esclava!  
 Por conservar tu pasion,  
 halagaba tu ambicion,  
 tus gustos adivinaba.  
 ¿Qué capricho, qué deseo  
 me has visto nunca negarte?  
 Solo servite, ensalzarte,

era mi afan, mi recreo.  
 Y ¿dices que no te amo?  
 Pues ¿qué es lo que he hecho por tí?  
 ¿Qué son mis suspiros, di,  
 y este llanto que derramo?  
 ¿Cuál interes me arrastraba?  
 ¿Será entre afanes y menguas  
 el de mi honor puesto en lenguas  
 que antes tan puro brillaba?  
 Esta es, infiel, mi ganancia:  
 desprecio, infamia, rubor:  
 este el premio es de mi amor:  
 esto logra mi constancia.  
 Dichas, glorias y contento,  
 todo ha sido para tí,  
 solo me quedan á mí  
 llanto y arrepentimiento.

GONZALO. Por Dios, condesa, calmaos...  
 Si alguien entrase y os viera,  
 ¿de vos, de mí que dijera?  
 Secad el lloro.

CONDESA. Apartaos.

Dejadme ya con mi pena:  
 ño me habéis, hombre funesto:  
 os abomino, os detesto.

GONZALO. El despecho os enagena.  
 Lo confieso, me escedí...  
 Dije... lo que no sentia...  
 Dudábais de la fé mia,  
 y no fuí dueño de mí.  
 Dejad un vano recelo;  
 no dudeis de mi pasion:  
 es vuestro mi corazon;  
 cifro en vos mi único anhelo.  
 Ni otra beldad me enamora,  
 ni aunque agradarme lograra,  
 luego su imagen borrara  
 esa gracia encantadora.  
 Mi arretrato perdonad:  
 á vuestras plantas lo pido;  
 y solo aguardo rendido  
 una muestra de piedad.

CONDESA. *(Secando las lágrimas, y mirándole con sonrisa y cariño.)*

¿De veras?

GONZALO. ¿Aun lo dudais?

CONDESA. Mucho me habeis enojado.

GONZALO. De hoy mas será mi cuidado complaceros.

CONDESA. ¿Lo jurais?

GONZALO. Lo juro.

CONDESA. ¿Y esa muger?

GONZALO. Tan solo como á una hermana la miro... Y se irá mañana.

CONDESA. ¡Ah! no os debiera creer; mas siempre es débil quien ama. Tomad. *(Le da la mano, que él besa.)*

GONZALO. ¡Ah...! Secad á prisa el llanto, y vuelva la risa á avivar la muerta llama de esos ojos.

CONDESA. Ya lo está...

Ya me río... estoy contenta...

¿Y vos?

GONZALO. La esperanza alienta mi corazon... Ya no habrá riñas, disturbios.

### ESCENA XIII.

*DICHOS. FRANCISCO.*

FRANCISCO. Señor...

GONZALO. ¿Qué me quereis?

FRANCISCO. Su eminencia reclama vuestra presencia.

GONZALO. Voy. — Os dejo con dolor; pero cumplir es preciso...

CONDESA. Marchad.

GONZALO. *(Esto me liberta...)*

¡Hola! El coche.

FRANCISCO. Está á la puerta.

GONZALO. Si me dais vuestro permiso... *(A la condesa.)*

CONDESA. Le teneis.

GONZALO. Dame el sombrero... (*A Francisco.*)  
los guantes.—¿Gustais, señora,  
de un asiento?

CONDESA. Por ahora  
ir en mi coche prefiero.

GONZALO. Como os plazca. ¿Si hasta él  
gustais que os sirva?

CONDESA. Eso sí.

(*Don Gonzalo da la mano á la condesa.*)

GONZALO. (¡Siempre esclavo, pése á mí!)

CONDESA. (Poco fio de este infiel.)





# Acto tercero.

## ESCENA PRIMERA.

*DON GONZALO. DON GABRIEL.*

GABRIEL. ¿Qué es lo que tienes?  
GONZALO. ¿Yo? Nada.  
GABRIEL. Parece que triste estás.  
GONZALO. Figuracion.  
GABRIEL. De lo hecho  
tal vez te arrepientes ya.  
GONZALO. No tal.  
GABRIEL. Sí, sí: lo conozco.  
GONZALO. Si he de decir la verdad,  
el paso ha sido arriesgado;  
y en mi posicion...  
GABRIEL. Verás  
¿qué buen efecto...!  
GONZALO. He cedido  
con harta facilidad;  
y mi obligacion...  
GABRIEL. Consiste  
en ser vasallo leal.  
Esta empresa le acredita  
al rey tu fidelidad;  
tú sirves al soberano,  
no sirves al cardenal.  
GONZALO. Sí, pero temo que al fin...  
GABRIEL. No hay nada que recelar.  
Se ha llevado en este asunto

todo con sigilo tal,  
 que ni sospecha Alberoni  
 quién tan buen golpe le da.  
 Impresa nuestra memoria  
 en Francia aparece estar,  
 y no hay en Madrid ahora  
 personage principal  
 que no la haya recibido.  
 Hasta leído la habrá  
 el monarca; y tengo datos  
 para creer...

GONZALO.

Necedad.

El rey la ha leído, sí;  
 y aunque al pronto vacilar  
 hizo su ánimo indeciso,  
 en breve la habilidad  
 del ministro consiguió  
 parar el golpe fatal.

GABRIEL.

No importa: hoy mismo tal vez  
 esa opinion cambiará.  
 La certeza de los hechos  
 hoy demostrarle sabrán,  
 disipándose por fin  
 su funesta ceguedad.

GONZALO.

Mas ¿piensas tú que el ministro  
 en tanto se dormirá?  
 Él es astuto, atrevido,  
 inmensa es su actividad;  
 y si descubre... No há mucho  
 que hecho le he visto un volcan;  
 y en su furor, el encargo  
 me ha dado de averiguar  
 el autor de la memoria.  
 Ponderaba mi lealtad,  
 prometiéndome... ¿quién sabe...?  
 cuanto yo con mas afan  
 puedo apeteecer... honores,  
 puestos...

GABRIEL.

Mas dicho no habrás...

GONZALO.

De tan negra villanía  
 ¿me supondrias capaz?

GABRIEL.

No, amigo mio, perdona...

Pero haz por disimular:  
 Anímate... No hay remedio,  
 echado está el guante ya;  
 y es preciso...

GONZALO. Sí... Con todo,  
 no sé qué me hace temblar...

GABRIEL. Asi eres siempre... Al principio,  
 cuando oídos solo das  
 á los ecos generosos  
 de tu corazón leal,  
 un noble fuego te anima,  
 te arriesgas á todo... Mas  
 si el temor, si la ambición  
 la frente llegan á alzar,  
 ya vacilas, retrocedes...

GONZALO: No lo tema tu amistad;  
 y por tí, si es necesario,  
 me sabré sacrificar.

GABRIEL. Bien... Mas tan terrible trance  
 nunca, amigo, llegará.  
 A Dios... Urgentes negocios  
 me llaman... Hasta alcanzar  
 el fin de esta grande empresa,  
 no descanso.

GONZALO. ¿ Volverás ?

GABRIEL. Luego.

GONZALO. Pues á Dios.

GABRIEL. Silencio.

GONZALO. Puedes sin cuidado estar.

## ESCENA II.

*DON GONZALO, solo:*

En su presencia, Dios mio,  
 avergonzado me encuentro.  
 Imprudencia ha sido en mí...  
 ¿ Qué mas puede mi deseo  
 apetecer ? ¿ No me basta  
 con este encumbrado puesto ?  
 ¿ No halagan mis esperanzas  
 nuevos honores y empleos ?

Pero si del cardenal  
 el poder viniere al suelo,  
 me arrastrará en su caída,  
 y entonces... No, siempre es bueno  
 en las tormentas políticas  
 tener seguro algun puerto.  
 Estemos á ver venir,  
 y obremos como discreto.

### ESCENA III.

*DON GONZALO. DON AQUILINO.*

- AQUILINO. Ya tiene usía estractado,  
 como usía lo ha dispuesto,  
 el espediente de propios;  
 y si usía gusta verlo...
- GONZALO. Mira, Aquilino, está bien  
 que me des el tratamiento  
 cuando hay gentes, porque entonces  
 es forzoso tal respeto;  
 pero cuando estamos solos  
 á ser amigos volvemos,  
 y en el trato familiar  
 del usía te relevo.
- AQUILINO. ¡Oh amigo noble y sublime!  
 ¡Hagan un dia los cielos  
 que tambien una escelencia  
 te llegue á dar como un templo.
- GONZALO. Tengo un encargo que darte.
- AQUILINO. ¿Es algun estracto nuevo?  
 ¿Copia de alguna consulta?  
 ¿Un estado?
- GONZALO. Nada de eso.
- AQUILINO. ¿Algun ajuste de cuentas?  
 Pues tambien sabes que entiendo...
- GONZALO. No.
- AQUILINO. ¿Arreglar tu papelera,  
 donde todo está revuelto?
- GONZALO. Tampoco.
- AQUILINO. Pues ¿qué?
- GONZALO. No es cosa  
 de tu destino.

- AQUILINO. No acierto...
- GONZALO. Una comision.
- AQUILINO. Ya estoy;  
un recado... Voy corriendo.
- GONZALO. Notado habrás que aqui viene  
cierta señora.
- AQUILINO. Sí... creo  
haber visto... Una muy guapa,  
buenos ojos, pelo negro,  
graciosa, amable... y ¡un lujo!  
Es de la corte embeleso.
- GONZALO. Me parece que...
- AQUILINO. ¿Qué?
- GONZALO. Nada...
- AQUILINO. nada... sino que... sospecho...
- GONZALO. ¡Ah, bribon! ¡Qué malicioso  
eres!
- AQUILINO. Y aunque fuera cierto,  
¿qué mal habria...? Flaquezas...  
Todos estamos sujetos...
- GONZALO. Pues lo confieso, acertaste.  
Rindióme á su dulce imperio.
- AQUILINO. Cuando digo... ¡Tengo un ojo...!
- GONZALO. Cuidado con el secreto.
- AQUILINO. Como caido en un pozo  
en mí estará, no haya miedo.  
(¡Buen secreto, y ya lo sabe  
medio Madrid por lo menos!)
- GONZALO. La condesa... pues sabrás  
que es condesa.
- AQUILINO. Por supuesto:  
la condesa de Figueras.
- GONZALO. Todo lo sabes.
- AQUILINO. Observo.
- GONZALO. Pues bien, la condesa tiene  
á veces muy vivo el genio.
- AQUILINO. Y ¿habrá reñido contigo?
- GONZALO. Sí... Tuvimos con efecto  
cierto disgustillo... nada  
en conclusion.
- AQUILINO. Pero luego  
¿habreis firmado las paces?

- GONZALO. Al punto... ¿Quién duda eso?
- AQUILINO. Nubecillas que al amor  
le prestan encanto nuevo.
- GONZALO. Para acabar de aplacarla  
le quiero hacer un obsequio.
- AQUILINO. Bien pensado.
- GONZALO. Mira.  
(*Saca de un cajon de la mesa un estuche pequeño.*)
- AQUILINO. ¿A ver?  
¡Unas arracadas! ¡Bueno!  
Me gustan... ¿Cuánto han costado?
- GONZALO. Sobre unos quinientos pesos.
- AQUILINO. ¡Cáspita! ¡Qué caro...! Y ¿puedes...?
- GONZALO. Para todo da el empleo.  
Ahora bien, para mandárselas  
necesito un mensajero.
- AQUILINO. ¿Y de mí te has acordado?
- GONZALO. Sí, amiguito.
- AQUILINO. Lo agradezco.
- GONZALO. No te pesará entablar  
con ella conocimiento.  
Es muger que tiene influjo,  
puede servirte de empeño;  
y si le caes en gracia,  
si eres servicial, discreto...
- AQUILINO. Eso queda de mi cuenta.
- GONZALO. Las arracadas te entrego,  
y no tardes.
- AQUILINO. Quedarás  
de mi actividad contento. (*Vase don Gonzalo.*)

#### ESCENA IV.

*DON AQUILINO, solo.*

Pues, señor, dejo la pluma,  
y echo mano al caduceo.  
El empleo, á la verdad,  
aqui que decirlo puedo,  
no es que digamos muy... ¡Toma!  
En escrúpulos andemos,  
y... Luego ¿á qué se reduce

todo? A llevar este obsequio.

(*Mirando las arracadas.*)

¡Qué riqueza! ¡Qué trabajo!

Vamos, no hay mas, me resuelvo:

todo disculparlo deben

unos diamantes como estos.

¡Y el estuche...! Mas ¡qué apuro!

Le echo á perder si le llevo

en el bolsillo... ¿Qué haré?

¡Toma...! Es facil... buen remedio...

En uno de estos papeles

que aqui traigo me le envuelvo,

y no hay cuidado.

(*Saca varios papeles del bolsillo, y eligiendo uno guarda los demas, y envuelve en él la caja con mucho cuidado.*)

Este... sí...

De nada sirve... Es el pliego

de aquella bendita copia

en que cayó el borron... Bueno,

asi está bien... Ahora voy

sin mas tardar... Mas ¡qué veo?

¡La condesita! Venir

no podia á mejor tiempo.

## ESCENA V.

*DON AQUILINO. LA CONDESA.*

CONDESA. ¡Oh! ¡oh! señor secretario,

¿tanto bueno por aqui?

Parece que huís de mí.

AQUILINO. Señora, muy al contrario:

os iba ahora á buscar.

CONDESA. ¿A mí?

AQUILINO. Sí.

CONDESA. Pues ¿qué sucede?

¿Qué suerte feliz me puede

tal honra proporcionar?

AQUILINO. El honrado seré yo;

pues colmándose mi anhelo,

en aproximarme al cielo

yo soy quien gano , vos no.

CONDESA. Sois galan , y bien se advierte  
que habeis las aulas cursado:  
ni un rendido enamorado  
se esplicára de otra suerte.

AQUILINO. Por algo , sin que os ofenda ,  
está amor en lo que os digo.

CONDESA. Me permitireis , amigo ,  
que ese enigma no comprenda.

AQUILINO. Tal vez con mi charla os canso:  
perdonad mi audacia loca ;  
mas si habla amor por mi boca ,  
habla por boca de ganso.

CONDESA. No os entiendo.

AQUILINO. Hay en el mundo  
cierta persona acuitada  
por creeros enojada.

CONDESA. ¿ De veras ?

AQUILINO. Dolor profundo ,  
inconsolable , hasta ver  
en esos labios la risa.

CONDESA. ¡ Tanto pena ! Pues á prisa ,  
hacédmela conocer.

AQUILINO. ¿ No os lo dice , en vez de mí ,  
el corazon ?

CONDESA. ¡ Qué , señor !  
Él es muy poco hablador :  
no dice ni tanto asi.

AQUILINO. Há tiempo que ardiendo está  
de esa luz á los reflejos ;  
y acaso de aqui no lejos...

CONDESA. ¡ Ay ! acabáramos ya.  
¿ En esta casa ? Os comprendo :  
que sigais no es necesario...

Para mas que secretario  
que servís , amigo , entiendo.

AQUILINO. No es estraño... la amistad...  
me sacrificio por ella...  
ésta siempre fué mi estrella ;  
me perderá mi bondad.

CONDESA. Pero en fin...

AQUILINO. Fiel mensagero ,

pongo esta alhaja preciosa  
á las plantas de la hermosa  
que es de mi amo el bien primero.

*(La da el estuche envuelto en el papel: ella le desen-  
vuelve, y le abre.)*

CONDESA. A ver, á ver... ¡Qué riqueza!

AQUILINO. No iguala vuestro valor.

CONDESA. Deslumbra su resplandor.

AQUILINO. Le desaira esa belleza.

Junto á los carrillos rojos,  
de los ojos al compas,  
no sé cuál brillará mas,  
los pendientes ó los ojos.

CONDESA. Es el regalo precioso,  
y el mensajero tambien.

AQUILINO. *(Le dá golpe: ya estoy bien.  
¡O Aquilino venturoso!)*

CONDESA. Decir podeis al amigo  
que aprecio fineza tanta.

AQUILINO. A ser voy con rauda planta  
de su alegría testigo.

*(Viendo que llama su atencion la letra del papel que  
envolvía el estuche.)*

Mas ¿qué mirais...? ¿Ese escrito?  
Tal vez la letra os agrada.

CONDESA. Mucho... Parece grabada.  
¡Qué carácter tan bonito!

AQUILINO. Es mia.

CONDESA. Sea en buen hora:  
teneis grande habilidad.

AQUILINO. Sin que sea vanidad,  
á todo el mundo enamora.

CONDESA. ¡Qué veo...? Del cardenal  
se habla aqui.

AQUILINO. ¡Cómo...! ¿Del qué?

CONDESA. Del ministro.

AQUILINO. Yo no sé...

CONDESA. Sí, señor... Y se habla mal.

AQUILINO. ¡Mal! ¡Dios mio!

CONDESA. ¿Dónde he visto...?

No es nuevo esto para mí...

En aquel impreso... sí...

no hay que dudar.

AQUILINO. (¡Voto á Cristo!  
¿Si habré hecho algun desacierto?)

CONDESA. Cabalmente aqui he guardado  
el ejemplar que me han dado.

(*Saca un cuaderno impreso, y se pone á cotejar.*)

A ver... por aqui... pues... cierto.

Dicho y hecho... sí... cabal.

La misma frase... la propia...

Este papel es la copia,

y estotro el original.

¡Háse visto...! ¿Con que vos...?

AQUILINO. ¡Yo, señora...!

CONDESA. ¡Caso horrendo!

AQUILINO. Si una palabra comprendo,  
que me ahorquen, vive Dios.

CONDESA. ¿Contra el ministro escribís  
un libelo infamatorio?

AQUILINO. ¡Yo escribir...! Por San Liborio,  
mirad bien lo que decís.

CONDESA. ¿Osais negar...? ¿Cómo es eso?

¿Qué todavía se atreva

cuando está clara la prueba...!

Ved lo escrito, ved lo impreso.

AQUILINO. ¿Con que lo que dice aqui,  
tambien dice alli?

CONDESA. Lo mismo.

AQUILINO. ¡Vaya un diablo de embolismo!

¿Con que lo mismo?

CONDESA. Sí, sí.

AQUILINO. Pues la vez primera es esta  
que eso llega á mi noticia.

CONDESA. Daré parte á la justicia.

AQUILINO. ¡Santo Dios! ¡Copia funesta!

CONDESA. Este es un crimen de estado,  
y de lesa-magestad.

AQUILINO. ¿De lesa...?

CONDESA. Sí.

AQUILINO. Por piedad...

CONDESA. Y sereis ahorcado.

AQUILINO. ¡Ahorcado!

CONDESA. Por conspirador.

AQUILINO.

Señora,  
yo hombre quieto, inofensivo,  
yo que contra nadie escribo,  
¿osára escribir ahora  
contra un ministro? ¡Buen Dios!

CONDESA.

¿No es vuestro el escrito?

AQUILINO.

Os juro.

CONDESA.

Pues al autor, de seguro,  
conoceis, si no sois vos.

AQUILINO.

Tampoco.

CONDESA.

Bien... Pagareis  
por cómplice.

AQUILINO.

¡Virgen Santa!

Tiró el diablo de la manta...

CONDESA.

¿Con que decir no quereis...?

AQUILINO.

Yo solo sé que Orendana  
me lo dió para copiar,  
y copié sin reparar,  
como quien hace una plana.

CONDESA.

¡Don Gonzalo!

AQUILINO.

Cabalito.

CONDESA.

¡Don Gonzalo!

AQUILINO.

Él me lo dió.

CONDESA.

Y ¿copiar os lo mandó?

AQUILINO.

Y con prisa, y callandito.

CONDESA.

¡Cielos! ¿Acaso sería  
suyo?

AQUILINO.

Tanto no penetra  
mi ingenio.

CONDESA.

Mas de su letra  
el manuscrito estaria.

AQUILINO.

Eso no.

CONDESA.

¿No? ¿Qué decís?  
Pues ¿de quién? Hablad.

AQUILINO.

¿Lo digo?

CONDESA.

Sí, sí, por Dios.

CONDESA.

De su amigo.

CONDESA.

¿De don Gabriel de Solís?

AQUILINO.

El mismo.

CONDESA.

¿El de la hermanita?

AQUILINO.

Ese.

CONDESA.

¿Estais cierto?

- AQUILINO. Seguro.
- CONDESA. ¡ Ah, vil!
- AQUILINO. (Salí del apuro.)
- CONDESA. Alguna infamia medita.  
Él es sin duda el autor  
del libelo.
- AQUILINO. Lo sospecho;  
que es escritor de provecho.
- CONDESA. Es un pérfido, un traidor.
- AQUILINO. Mucho que sí.
- CONDESA. Falso amigo;  
y á Orendana el desleal  
va á comprometer.
- AQUILINO. Cabal.
- CONDESA. Para perderle.
- AQUILINO. Eso digo.
- CONDESA. Mas no importa. Ya discurro  
cómo su arrojo insolente  
castigar... sí... Cabalmente  
viene Orendana.
- AQUILINO. Me escurro.  
(*Vase corriendo por el foro.*)

## ESCENA VI.

LA CONDESA. DON GONZALO.

- GONZALO. ¿ Condesita, vos aqui?
- CONDESA. ¡ Cuál de veros me alborozo!
- GONZALO. Gracias.
- CONDESA. Pensaba ponerme  
á los pies vuestros tan pronto  
como me lo permitieran  
mis importantes negocios.
- GONZALO. Os lo agradezco: ese afan  
de un tierno afecto es muy propio.
- CONDESA. ¿ No habreis visto todavía  
á mi escribiente, supongo?
- GONZALO. Sí, le he visto.
- CONDESA. Y ¿ os ha dado...?
- GONZALO. Unos pendientes preciosos.  
Vedlos aqui.

GONZALO.

Perdonad

si es el obsequio tan cõrto.  
La espresion de mi cariño  
debeis mirar en él solo.

CONDESA.

El ser don vuestro le da  
precio infinito á mis ojos.

GONZALO.

¡Divina!

CONDESA.

Mas hora hablemos  
de asuntos serios un poco.  
¡Sin duda conoceis ya  
este escrito?

GONZALO.

Le conozco.

CONDESA.

¡Qué os parece?

GONZALO.

La pregunta,  
señora, me deja absorto.  
Me parece... lo que á vos.

CONDESA.

Qué es infame, calumnioso.

GONZALO.

Pues...

CONDESA.

Y que su autor merece  
un castillo.

GONZALO.

No me opongo.

CONDESA.

Y ¿no sabeis vos quién es?

GONZALO.

¡Yo...? No, señora... lo ignoro.

CONDESA.

¡Cosa estraña! Vuestro empleo  
os obligaba...

GONZALO.

Ya pongo  
los medios, y mis agentes  
por descubrirlo andan locos.

CONDESA:

¿De veras?

GONZALO.

¡Dudáislo?

CONDESA.

No;

pero deben ser muy topos;  
pues una muger consigue  
lo que ellos no.

GONZALO.

¿Cómo? ¿cómo?

CONDESA.

Que yo todito lo sé  
sin esbirros ni alborotos.

GONZALO.

¿Vos?

CONDESA.

Yo.

GONZALO.

Imposible.

CONDESA.

Sé tanto  
que os ha de causar asombro;

y aun puede tambien que alguno se cubra aqui de sonrojo.

GONZALO. Pero...

CONDESA. ¿Os turbais?

GONZALO. ¿Yo, señora...?

CONDESA. La verdad en vuestro rostro leyendo estoy.

GONZALO. ¿Pensais que...?

CONDESA. Que andais vos en este embrollo: claríto.

GONZALO. ¿Me acusais?

CONDESA. Sí;

porque nada, nada ignoro.

GONZALO. ¿Direis que soy el autor...?

CONDESA. No lo sois; pero es lo propio.

Es vuestro amigo, el Solís, el hermano del pimpollo que hora os trae vuelto el juicio, y que es un bribon de á folio.

GONZALO. ¿Qué idea!

CONDESA. Decid que no, juradlo... ¿Dudais?

GONZALO. De modo...

CONDESA. ¿Quereis pruebas?

GONZALO. ¿Las teneis!

CONDESA. Sí, todos sabrán muy pronto que es un traidor.

GONZALO. Por piedad, callad, callad... Si algun otro os escuchára...

CONDESA. ¿Ya en fin confesais...?

GONZALO. ¡Ah! Yo tan solo tengo la culpa... Yo soy quien intentaba ambicioso, derribando al cardenal, reemplazarle junto al solio. Yo soy...

CONDESA. Gritad, eso es, elevad aun mas el tono; que os oigan, que todos sepan lo que tan solo nosotros

sabemos aún.

GONZALO.

Pues qué,

¿nadie sino vos...? ¡Oh gozo!

CONDESA.

Por una casualidad  
este misterio conozco;  
y nadie hasta ahora...

GONZALO.

Entonces

á vuestra amistad me acojo:  
no querreis perderme, no:  
vuestro afecto cariñoso...

CONDESA.

Calmaos, que hartó yo misma  
en vuestro favor abogo,  
y harto sabeis que indulgente  
mayores culpas perdono.

GONZALO.

¡Oh generosa muger!

CONDESA.

¿Me amais?

GONZALO.

¡Si os amo! Os adoro.

CONDESA.

¿Pero y la otra...?

GONZALO.

¿Volvemos

á las andadas?

CONDESA.

Del todo

no estoy tranquila.

GONZALO.

¿Qué haré

para calmar...?

CONDESA.

No os propongo

lo que pienso, porque...

GONZALO.

Hablad:

desde luego me conformo...

CONDESA.

¿Lo hareis?

GONZALO.

Sí.

CONDESA.

¡Mirad...!

GONZALO.

Decid,

y vereis...

CONDESA.

Con mi reposo

á un tiempo obtener podreis  
de vuestras ansias el logro.

GONZALO.

¡Ah! pues no tardeis, hablad...

CONDESA.

Es que el rumbo ha de ser otro.  
De derribar al ministro  
ya el proyecto es ilusorio.

GONZALO.

Lo sé.

CONDESA.

Le he visto: se encuentra

con el libelo furioso...

Y el que descubra á su autor...

GONZALO.

¡Eh! ¿qué decís?

CONDESA.

No hay tesoros,  
no hay empleos, no hay honores  
que no diera generoso...

GONZALO.

Mas, señora...

CONDESA.

Y con un hombre  
como vos, no tendrá coto  
su gratitud.

GONZALO.

Es que...

CONDESA.

Ya

en esperanza os asocio  
á su ministerio.

GONZALO.

En fin,

¿direis qué he de hacer?

CONDESA.

Muy poco:

solamente revelar...

GONZALO.

No sigais, que me abochorno  
de oiros... ¿Me conocéis?

CONDESA.

¿Yo...? ¿Qué pregunta!

GONZALO.

Supongo

que no, pues infamia tal  
me proponéis.

CONDESA.

¿Qué alboroto

por nada!

GONZALO.

¿Ser delator

de un amigo candoroso  
que en mí se fia...? A tal precio  
yo la grandeza no compro.

CONDESA.

Bien... sea... ni tal escrúpulo  
en voz repruebo tampoco.

Ser fiel siempre á la amistad  
es cosa digna de elogio...

Sedlo, pues... Mucho os lo alabo...  
Mas yo no tengo ese estorbo.

El don Gabriel no es mi amigo,  
con que así bien puedo...

GONZALO.

¿Cómo!

¿Qué intentais?

CONDESA.

Nada... Acá tengo  
mi plan. A Dios.

GONZALO.

Pero...

CONDESA.

Corro...

GONZALO.

Deteneos... no permito...

CONDESA.

Amiguito, no me opongo á que vos hagais alarde de afectos nobles, heróicos. Es vuestro deber... El mio en esta ocasion es otro. Si os corresponde callar, yo hablaré.

GONZALO.

Por Dios...

CONDESA.

No os oigo.

Debo descubrir las tramas que hoy amenazan el trono; debo salvaros á vos, aunque merecéislo poco; y quiero por fin que ese hombre y su hermana, á quienes odio, vayan donde ya no puedan causarme celos ni enojos. Con que abur.

GONZALO.

Tened.

CONDESA.

No quiero.

Mi amor primero que todo. (*Vase.*)

## ESCENA VII.

DON GONZALO, solo.

¡Oh qué malvada muger!  
 ¡Amor dice...! No: le cobro odio, aversion... y lo juro, ya de hoy mas con ella rompo. Mas en tanto irá... ¡Dios mio! Mil peligros miro en torno de mi amigo... A toda costa de ellos salvarle es forzoso. Voy á su casa antes que... No... á que me vean me espongo; y comprometo... Mejor será escribirle... Tampoco: pueden hallarle mi carta,

y entonces mas riesgos corro.  
¿ Qué haré...? No sé... ¡ Buena idea!  
Aquilino.

## ESCENA VIII.

*DON GONZALO. DON AQUILINO.*

- AQUILINO.                      ¿ Qué hay ?  
GONZALO.                      Vé pronto:  
corre á casa de Solís,  
no te pares.  
AQUILINO.                      Muy bien , tomo  
el sombrero , y voy...  
GONZALO.                      Escucha  
el recado.  
AQUILINO.                      Soy un tonto :  
es verdad.  
GONZALO.                      Si no le encuentras ,  
corre de un extremo al otro  
todo Madrid hasta hallarle.  
Dile que de ningun modo  
vuelva á su casa ; que vaya  
á la de Lope...  
AQUILINO.                      ¡ Qué embrollo !  
GONZALO.                      Le amenazan grandes riesgos ,  
y salvarle me propongo.  
Que no salga , que de nadie  
se deje ver.  
AQUILINO.                      ¡ Qué demonios !  
GONZALO.                      La noche está cerca : así  
que oscurezca , iré de incógnito...  
Mas corre , vuela , no tardes.  
AQUILINO.                      Corro , vuelo. — ( ¡ San Antonio !  
Todo se vuelve tramoyas ,  
y para sustos no como ) .  
GONZALO.                      Me tiro un pistoletazo  
si libertarle no logro.

---

# Acto cuarto.

---

## ESCENA PRIMERA.

DON AQUILINO. Luego FRANCISCO.

(*Es de noche: hay luces.*)

AQUILINO. (*Saliendo muy sofocado, y mirando a reloj.*)

¡Las diez! ¡Lo que he corrido desde el anoche! Estoy molido. Por fin, pude encontrarle, y en casa del buen Lope agazaparle: no fué la prisa en vano; si me descuido, zás, le echan la mano. ¡Miren la condesita, cómo fué con el cuento la maldita!

(*Viendo salir á Francisco.*)

¡Hola, Francisco, amigo, y ¿el amo?

FRANCISCO.

Está en palacio.

AQUILINO.

(*Lo que digo:*

¿qué le importaba á ella...? Es por fuerza tan mala como bella.)  
¿Há mucho que ha salido?

FRANCISCO.

Un buen rato: por señas que se ha ido de un humor endiablado.

AQUILINO.

¿Por qué?

FRANCISCO.

Juan el portero me ha contado que hay grandes novedades.

AQUILINO.

¿Novedades?

- FRANCISCO. Terribles.
- AQUILINO. ¿Sí?
- FRANCISCO. ¡Maldades!
- AQUILINO. ¿Pues qué?
- FRANCISCO. Se ha descubierto  
una conspiración.
- AQUILINO. ¿De veras?
- FRANCISCO. Cierto.
- AQUILINO. Mas ¿dónde...?
- FRANCISCO. En una casa —  
¡Si es increíble á veces lo que pasa! —  
ha tenido noticia  
de no sé qué papeles la justicia;  
y en ella se ha encajado,  
y toditos allí los ha pillado.
- AQUILINO. ¡Oiga!
- FRANCISCO. Entre ellos estaba  
de cierto escrito audaz que impreso andaba  
el borrador entero,  
contrario al cardenal, según infiero.
- AQUILINO. ¡Mire usted qué insolencia!
- FRANCISCO. Y han hallado además correspondencia  
entre altos personajes  
que en la horca irán luego á hacer visages.
- AQUILINO. ¿Cómo...! ¿Hay alguno preso?
- FRANCISCO. Debíó tener noticia del suceso  
el pícaro taimado  
que andaba en la tramoya, y se ha fugado.  
Mas no importa, esta noche  
se mandarán espresos.
- AQUILINO. Pára un coche.  
El amo... Corred pronto. (*Vase Francisco.*)

## ESCENA II.

DICHOS. DON GONZALO.

- AQUILINO. (*solo.*)  
¡Qué enredos! De esta vez me vuelvo tonto.  
¿Qué mísero destino  
te mete en estas bromas, Aquilino?  
Muy buena plaza es esta;

mas ¡cuántas pesadumbres ya me cuesta!

*(Sale don Gonzalo enfurecido. Tira sobre la mesa sombrero y guantes. Francisco le sigue.)*

FRANCISCO. ¿Manda algo usía?

GONZALO. Nada...

Nada quiero... marchaos.

FRANCISCO. *(Bajo á don Aquilino al marcharse.)*

Hay tronada.

*(Don Gonzalo se sienta despechado.)*

GONZALO. ¡Ah! Me ahoga la ira:

á escitar mi furor todo conspira.

AQUILINO. *(De mal talante viene.)*

GONZALO. En mi rabia no sé qué me contiene.

¡A tal punto se entrega

al rencor un ministro! ¡asi le ciega! —

*(Reparando en don Aquilino.)*

¡Ah...! ¿Eres tú?

AQUILINO. Sí, querido.

GONZALO. Aquí me ves rabioso, enfurecido.

AQUILINO. Mas ¿qué diablos sucede?

GONZALO. Es cosa que aguantar ya no se puede.

Pensaba que aunque vano,

ambicioso, falaz, avaro, insano,

compasivo sería,

y un resto de piedad conservaría...

Pues nada de eso, nada...

De tigre debe ser su alma malvada.

¿No es cierto, di, no es cierto

que es un infame, un vil?

AQUILINO. ¿Quién...? *(Estoy muerto.)*

GONZALO. El ministro.

AQUILINO. ¡El ministro!

Hombre, ¿qué osas decir? *(¡Vaya un registro por el que sale!)*

GONZALO. ¿Quieres

dementirme?

AQUILINO. No tal. Lo que dijeres,

lo mismo pienso y digo...

Es ya costumbre en mí... Pero ¡ay amigo!

¡un ministro...! ya sabes...

GONZALO. Solo falta, bribon, que me le alabes.

AQUILINO. Ya sé que no hay motivo...

- GONZALO. Es un hombre cruel y vengativo.
- AQUILINO. Mira, si así le muerdes,  
que te pierdes, amigo... y que me pierdes.
- GONZALO. ¿Sabes en su ira loca  
qué amenazas salieron de su boca?  
No pude contenerme,  
y en favor de Solís iba á esponerme.
- AQUILINO. ¿Cielos! ¿Le has replicado?
- GONZALO. Buenas ganas, á fé, se me han pasado.  
Mas ¿qué se dice á un hombre  
que se enfurece solo con su nombre?
- AQUILINO. (*Mirando á todas partes, y acercándose á don Gonzalo.*)  
(Nadie escucha.)— Confieso  
que es un monstruo, una plaga... Pero eso,  
en vez de alzar el grito,  
es preciso decirlo muy bajito.
- GONZALO. ¿Acaso yo le temo? (*Levantándose.*)
- AQUILINO. Tú no... pero yo sí... Si hasta ese extremo  
hoy tu crédito alcanza,  
á mí me puede ahorcar en su venganza.
- GONZALO. Lo que mas me volaba,  
es— ¿lo creerás? —que el falso me abrazaba.
- AQUILINO. ¿A tí?
- GONZALO. Porque creía  
que era yo quien la trama descubría.
- AQUILINO. ¿Tú?
- GONZALO. Yo; que así lo ha dicho  
esa infame condesa.
- AQUILINO. ¡Oh, qué mal bicho!  
¡La tengo ya una rabia!
- GONZALO. Pues... Ella con su mónita y su labia  
arma todo este enredo.
- AQUILINO. Y ¿no la has desmentido?
- GONZALO. ¿Acaso puedo?  
Mas ¿Gabriel?
- AQUILINO. Escondido  
está en casa de Lope.
- GONZALO. No he podido  
verle como pensaba.
- AQUILINO. Por desdicha en su casa ya no estaba.  
Fui corriendo á buscarle,

y al cabo de dos horas pude hallarle.  
 Al oír tu recado  
 su riesgo conoció: voló exhalado  
 queriendo en el momento  
 sus papeles salvar: mas vano intento,  
 pues ya cuando llegamos,  
 cercada de soldados encontramos  
 su casa, y á galope  
 tuvimos que escapar á la de Lope.

GONZALO.        ¡O cielos! Y ¿su hermana?  
 AQUILINO.       Allí quedó metida en la jarana.  
 GONZALO.        ¡Desdichada Clarita!  
 AQUILINO.        Susto pasado habrá la pobrecita.  
                     Volver por ella quiso  
                     Gabriel; mas contenerle fué preciso.  
 GONZALO.        ¡Ab! voy...  
 FRANCISCO.      *(Sale y anuncia.)* Don Lope Estrada.  
 GONZALO.        ¡Lope...! ¡O Dios! ¿Qué sucede? — Dadle entrada.

### ESCENA III.

*DON GONZALO. DON AQUILINO. DON LOPE.*

GONZALO.        Y bien, amigo, ¿qué traes?  
 LOPE.            ¿Lo que traigo? ¡Voto á san!  
                     Una ira que me ahoga;  
                     estoy dado á Barrabás.  
 GONZALO.        ¿Qué sucede?  
 LOPE.            ¿Qué sucede?  
                     Y ¿lo osas tú preguntar?  
                     Sucede que eres un falso,  
                     un traidor, un desleal.  
 AQUILINO.        ¡Jesus, qué hombre!  
 GONZALO.        ¿Eso me dices?  
 LOPE.            Esto te digo, y tres mas.  
                     ¡No que no...! Pues cabalmente  
                     hecho me encuentro un volcan;  
                     y á eso vengo, y reventára  
                     si tuviera que callar.  
 GONZALO.        Mas ¿qué motivo...?  
 LOPE.            ¡Motivo!  
                     ¿Te parece poco ya,

mal hombre, el faltar vilmente  
al honor, á la amistad?  
¿Quieres mas, responde, infame?  
¿quieres mas aún?

GONZALO.

Yo...

AQUILINO.

Está

loco.

LOPE.

¿Vendes á tu amigo,  
y no es bastante maldad?

GONZALO.

¡Yo vender...!

LOPE.

Sí, lo sé todo;  
y Gabriel de pe á pa  
me lo ha contado. — Sabias  
lo del folleto.

GONZALO.

Es verdad.

LOPE.

Entrabas en la tramoya,  
y era... ¡picardía tal...!  
era para delatarle,  
y con la traicion medrar.  
¡Si hay hombres que...! Por perderlos  
de vista, ganas le dan  
á uno de ir con las fieras  
en un desierto á habitar.

GONZALO.

Qué, ¿piensa Gabriel acaso...?

LOPE.

Sí, piensa.

GONZALO.

¡Ó cielos! ¿Tan mal  
juzga de mí que me cree  
de tanta infamia capaz?  
¡Yo delatar á mi amigo!  
¡Yo venderle...! ¡Ah! por piedad,  
decid que soy ambicioso,  
vano, altivo... así será;  
pero ¡pérfido, traidor,  
falso amigo...! No, jamas.

LOPE.

¿Luego no has sido...?

GONZALO.

Tal duda

es un agravio mortal  
que ambos me hacéis.

LOPE.

Pero ¿cómo...?

GONZALO.

Por una casualidad,  
que aun ignoro, se ha sabido  
este secreto fatal.

Del riesgo que le amagaba  
 á Solís quise salvar...  
 y le salvaré, lo juro,  
 aunque me pierda.

LOPE.

¿Lo harás?

GONZALO.

¿Puedes dudarlo?

LOPE.

Eso no.

Pero es fuerza, sin tardar,  
 buscar un medio... En mi casa  
 no está bien... Le buscarán...  
 saben que yo soy su amigo,  
 y luego, la vecindad...  
 ¿Qué ha de estar seguro...! Nada...  
 le pillan... no hay que dudar.

GONZALO.

Pues bien, le ofrezco la mia.

LOPE.

¿La tuya!

GONZALO.

Sí.

LOPE.

Y ¿osarás...?

GONZALO.

En todas, menos en esta,  
 oculto le juzgarán.  
 Sobre todo, en tal peligro  
 le debo un asilo dar.

Es mi amigo: que le niego  
 mi proteccion no dirán;  
 y aun á costa de mi vida  
 cumpliré con la amistad.

LOPE.

Eso me gusta... Asi quiero  
 á los hombres, ¡voto á tal!  
 Venga un abrazo... Esto solo  
 me basta á reconciliar  
 contigo.

AQUILINO.

Es rasgo admirable  
 que le ha de hacer inmortal.

GONZALO.

(*Señalando la puerta última de la izquierda.*)  
 ¿Ves aquel cuarto...? Por él  
 á una habitacion se va  
 que á nadie sirve... Allí puede  
 Solís sin peligro estar;  
 que en casa solo un criado  
 de confianza lo sabrá.

AQUILINO.

¿Qué criado...! Aqui estoy yo;  
 yo tambien quiero imitar

tu heroísmo.

GONZALO. ¿Tú, Aquilino?

AQUILINO. Yo.

LOPE. Bien.

AQUILINO. Llama celestial  
me anima... Amistad sagrada,  
me sacrifico en tu altar.

GONZALO. Por una puerta secreta  
introducirle podrás.

AQUILINO. Sí, la puertecita falsa  
que á la callejuela da.

GONZALO. Pero hasta la una, al menos,  
será preciso esperar;  
pues convienen al sigilo  
la noche y la soledad.

LOPE. Muy bien... Voy corriendo...

GONZALO. Aguarda.

Y ¿Clara?

LOPE. ¿La hermana? Está  
en su casa. Los esbirros,  
cansados ya de esperar,  
se fueron... Ahora de paso  
la he visto.

GONZALO. Pues convendrá  
que venga tambien... Me ocurre  
para mas seguridad...

Sí, sí... Nadie la conoce...

Sin secreto la traerás...

Diré que es una parienta;  
y así no se extrañará  
que esté ese cuarto habitado.

AQUILINO. Buena idea.

LOPE. A Dios.

GONZALO. ¿Estás?

Primero á Clarita.

LOPE. Sí.

GONZALO. Por la puerta principal.

LOPE. Bien.

GONZALO. Y despues á la una...

LOPE. Lo haré con puntualidad. (*Vase.*)

## ESCENA IV.

DON GONZALO. DON AQUILINO. Luego FRANCISCO. Luego UN PORTERO.

GONZALO. ¡Ah! Mi opreso corazon  
ya, en fin, respira y se ensancha.

AQUILINO. Eres un héroe, un portento  
de amistad acrisolada;  
y con Pilades y Orestes  
os comparará la fama.

(Sale Francisco.)

FRANCISCO. Señor.

GONZALO. ¿Y bien?

FRANCISCO. Un portero  
del ministerio... Le manda  
con urgencia el cardenal.

GONZALO. ¡Cómo! ¿A estas horas...? Me pasma.  
¿Qué sucederá? Decidle  
que entre. — Oid... Aquella estancia  
preparad luego... Esta noche,  
dentro de un rato, á ocuparla  
vendrá una parienta mia  
que ha llegado de... de Málaga.  
¿Estais?

FRANCISCO. Sí, señor. (Vase.)

GONZALO. ¡Tan tarde!

¿Qué será?

AQUILINO. Alguna embajada.

(Sale el portero con un pliego grueso.)

GONZALO. ¿Qué hay?

PORTERO. Este pliego...

(Le da el pliego: don Gonzalo mira el sobre.)

GONZALO. ¡Tres luego!

PORTERO. La contestacion aguarda  
su eminencia.

GONZALO. A ver...

(Abre el pliego, del cual saca unos papeles y una carta,  
que lee con grande agitacion, y al acabarla se deja  
caer abatido en un sillón.)

¡Gran Dios!

AQUILINO. (Acercándose á él asustado.)

¿Qué te ha dado?

GONZALO. Nada... nada.

PORTERO. Señor...

GONZALO. Necesito tiempo...

No es posible hasta mañana...

PORTERO. Esta noche la respuesta quiere el cardenal sin falta.

Dice que hasta recibirla no se acuesta.

GONZALO. ( ¡No le parta un rayo! ) Pues bien... volved luego.

PORTERO. ¿Cuándo?

GONZALO. No estoy para... Dentro de dos horas.

PORTERO. Beso á usía la mano. (*Vase.*)

## ESCENA V.

*DON GONZALO. DON AQUILINO.*

GONZALO. ¡O rabia!

AQUILINO. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? Te has quedado sin color.

GONZALO. No me faltaba mas que esto para...

AQUILINO. ¡Dios mio!

¿Te han quitado ya tu plaza?

GONZALO. ¡Ojalá!

AQUILINO. ¿Mas malo que eso?

¿Puede haber mayor desgracia?

GONZALO. Toma... lee.

(*Le da la carta. Don Aquilino la lee en voz alta.*)

AQUILINO. "Amigo don Gonzalo. La importancia de los papeles descubiertos en casa del traidor Solís exige prontas y enérgicas providencias. Quiero esta noche misma dar cuenta á S. M.; y por lo tanto os remito adjuntos todos los documentos para que inmediatamente hagais sobre ellos un informe, pintando con los mas vivos colores toda la magnitud del atentado, y proponiendo cuanto creais conducente al castigo de los culpados."

GONZALO.

Ya lo ves:

quiere en su furia inhumana  
hacerme contra un amigo  
ministro de sus venganzas.

Quiere sea, vive el cielo,  
su acusador... Y no basta:  
quiere señale el castigo  
que sobre su frente caiga.

AQUILINO.

Pero él, ¿qué sabe...?

GONZALO.

Primero

se abrirá bajo mis plantas  
la tierra. — Estoy por mandarle  
mi dimision.

AQUILINO.

¡Qué bobada!

GONZALO.

Sí, sí: mas vale dejar  
un puesto vil que me amarra  
á su cadena, do es fuerza  
inmolarle hasta mi fama.

AQUILINO.

Pero hombre...

GONZALO.

Asi como asi,

hoy dia no le harán falta  
hombres viles que se presten  
á sus caprichos é infámias.

AQUILINO.

Pues si lo mismo ha de ser,  
con tu renuncia ¿qué ganas?

GONZALO.

Ya está visto: si ese monstruo  
sigue rigiendo la España,  
para los hombres de bien  
no hay refugio ni esperanza. (*Se levanta.*)

— Tambien ha sido ocurrencia  
encargarme á mí... ¿No hallaba  
otro mas...? ¿Será malicia?

¿Habrá leído en mi cara  
que me intereso por...? No:  
sabe mi celo, le agrada  
mi espedicion, y por eso...

Mas ¿acaso en cuerpo y alma  
le estoy vendido...? ¿Soy yo  
su esclavo...? Y en su arrogancia  
¿piensa he de sacrificarle  
mis afecciones mas caras?

Nunca, jamas.

AQUILINO. ¡Ay...! ¿Qué miro?

¿Has leído esta posdata?

GONZALO. ¿Una posdata? No.

AQUILINO. Escucha.

(Leyendo.)

Para vuestra satisfaccion os advierto que en premio de los servicios que me habeis prestado, y particularmente de este último, llevaré á S. M. con la consulta el decreto concediéndooos una de las mejores encomiendas en la orden de Calatrava. Tambien pienso hablarle de una pension, y de otras mercedes que no dudo os conceda S. M.

GONZALO. ¡Cómo...! ¿A ver...? Sí... ¡Vaya en gracia!

¡Milagro...! Ahora se acuerda...

Ya era tiempo... ¡Y lo guardaba

para esta ocasion...! Dirán

que es de mi traicion la paga.

AQUILINO. Deja que digan.

GONZALO. No, no:

sus ofertas y amenazas

desprecio igualmente.

AQUILINO. Pero...

GONZALO. No me seduce ni engaña.

AQUILINO. ¿Qué importa lo que dijeren,

si el otro entre tanto escapa?

GONZALO. Tienes razon... no caía...

AQUILINO. Mira que el tiempo se pasa.

GONZALO. Ello es preciso tomar

un partido.

AQUILINO. Cierto.

GONZALO. Vaya,

pues no hay remedio... aqui mismo...

Toma asiento.

(Don Aquilino se sienta á la mesa para escribir y empieza por cortar una pluma. Don Gonzalo toma tambien una silla, y se sienta á poca distancia de la mesa, examinando los papeles.)

¡Oh, qué apurada

situacion...! Atado al yugo

del déspota que avasalla

mis acciones... — ¿Estás?

AQUILINO. Sí.

GONZALO. ¡Debiendo, porque él lo manda,  
 sofocar mis sentimientos,  
 servir su rencor, su saña...!  
 —Escribe lo que te dicto.

AQUILINO. Ya está la pluma cortada.

GONZALO. No te pares... —¿Qué diré? —  
 Veamos... —

(*Recorriendo los papeles.*)

¡Jesus, qué cartas!

¡También ha sido imprudencia  
 en ese Solís guardarlas!

AQUILINO. Hay hombres tan insensatos

que en ningún riesgo reparan.

GONZALO. Pon. — (*Dictando.*) “Un atentado...” — No...

Eso es muy fuerte. — “Una falta.”

AQUILINO. (*Repitiendo lo que escribe.*)

“Falta.”

GONZALO. Tampoco... Eso es flojo...

Borra.

AQUILINO. Borro.

GONZALO. Es una trama,

es una traición... Escribe.

“Un suceso de importancia.”

Así no se abulta, ni...

AQUILINO. Bien mirado, es una ganga

para Solís el que tú...

GONZALO. ¡Oh! Pues si otro redactara

el informe... Pero yo...

AQUILINO. Tú sabrás atenuar... —

(*Repitiendo lo último que escribe.*)

“Anicia.”

GONZALO. Por supuesto... Pero ¿cómo?

Estos papeles espantan.

Hay materiales aquí

para ahorcar á un hombre.

AQUILINO. ¡Cáspita!

GONZALO. Cuando menos, es preciso

formarle causa.

AQUILINO. Formarla...

Y antes que dé el tribunal

su fallo, salto de mata.

GONZALO. Con pasaportes en regla,

en seis dias está en Francia.

AQUILINO. Tú podrás proporcionárselos.

GONZALO. Y ademas carruaje y plata.

AQUILINO. Y luego allí que le pesquen.

GONZALO. Y en pasando unas semanas...

AQUILINO. Se arregla el asunto.

GONZALO. Pues.

AQUILINO. Se olvida el lance.

GONZALO. No se habla ya de él.

AQUILINO. Se le hace volver.

GONZALO. Con-un poquito de maña...

AQUILINO. Con tu favor...

GONZALO. ¡Y si pillo alguna silla dorada...!

AQUILINO. Entonces, negocio hecho.

GONZALO. Y aun vendrá á darme las gracias.

AQUILINO. Pues escrúpulos á un lado, y vaya el informe.

GONZALO. Vaya.

AQUILINO. Y echarle toda la ley.

GONZALO. ¿Qué inconveniente?

AQUILINO. Pues carga la mano.

GONZALO. Asi sirvo á un tiempo al amigo y al monarca.

Este ignora que por mí el acusado se salva...

AQUILINO. Y Gabriel nada sabrá del informe.

GONZALO. Ni palabra.

AQUILINO. Pues á la obra.

## ESCENA VI.

*DICHOS. FRANCISCO. CRIADOS.*

GONZALO. (*A Francisco.*) ¿Qué es eso?

FRANCISCO. Voy á arreglar esa estancia.

¿No lo habeis mandado?

GONZALO. ¡Ah! sí.

Despachad.

(Bajo á don Aquilino.)

En esta sala  
no estoy bien: voy allá dentro.  
SÍ, vamos.

AQUILINO.  
GONZALO.

Conmigo basta  
para el borrador: despues  
pondráslo en limpio.

AQUILINO.  
GONZALO.

Me agrada.  
Quédate para estorbar  
que nadie entre.

(Hace que se va y vuelve.)

¡ Ah! cuando Clara  
venga...

AQUILINO.  
GONZALO.

¿ Te aviso ?

No... deja  
que concluya.

AQUILINO.  
GONZALO.

Pues me llamas.

Bien... Voy...

AQUILINO.

Escucha... ¿ La llave  
de la puertecita falsa ?

GONZALO.

En mi despacho la tengo.  
Voy ahora mismo á tomarla. (Vase.)

## ESCENA VII.

DON AQUILINO. FRANCISCO.

(Francisco y los criados habrán entrado en el cuarto de la izquierda, y luego salen de él como habiendo concluido de arreglarlo.)

AQUILINO.

(Solo.) ¡ Ay, válgame San Pascual,  
San Jacinto, San Eulogio,  
y todo el martirilogo,  
y la corte celestial!  
¡ Qué apuros! ¡ Qué trapisondas!  
¡ Pobre Aquilino Muñoz!  
¿ Quién así de hoz y de coz  
te mete en cosas tan hondas?  
¡ Y á todo esto sin cenar!  
¡ Y á media noche, Dios mio!  
Siento aquí dentro un vacío...

Me estoy para desmayar.

(*A Francisco que sale.*)

Francisco amigo, por Dios,  
¿podré tomar un bocado?

FRANCISCO. ¿Quereis un pollito asado?

AQUILINO. ¿Si quiero...! Aunque sean dos.

FRANCISCO. ¿Lo traeré! (*Vase.*)

AQUILINO. Pues ¿y dormir!

¿Ya va! Con tanta jarana  
tendré noche toledana...

Estar de acecho, escribir...

mil tramoyas y manejos...

el escondite... la llave...

Esta vida, Dios lo sabe,

no es para llegar á viejos.

(*Sale Francisco con plato, servilleta &c., y lo coloca en la mesa.*)

FRANCISCO. Aquí teneis...

AQUILINO. ¡Ah! Ya aliento.

FRANCISCO. Y este vino... de lo rico.

AQUILINO. Pues mientras aqui me aplico,  
arreglad ese aposento.

FRANCISCO. Ya lo está.

AQUILINO. Bien... ¡Ah! Ahora  
que caigo... No estará mal  
que baje alguno al portal  
á esperar á esa señora.

FRANCISCO. Iré yo mismo.

AQUILINO. Vendrá  
con don Lope... aquel amigo...  
ya sabeis.

FRANCISCO. Sí.

AQUILINO. Nada os digo  
del respeto con que...

FRANCISCO. (*Con risa socarrona.*) ¡Ya!

AQUILINO. ¿Qué risa tan maliciosa  
es esa?

FRANCISCO. Hablemos clarito...  
murmuremos un poquito...

¿Es jóven, linda?

AQUILINO. Preciosa.

FRANCISCO. ¿Parienta del amo?

AQUILINO.

Pues...

¿No lo ha dicho?

FRANCISCO.

Es que ya vi

otras parientas así

que no he vuelto á ver despues.

AQUILINO.

¡Ah! ¡bribon!

FRANCISCO.

¿Acierto?

AQUILINO.

Puede.

Mas ¡chiton!

FRANCISCO.

Soy perro viejo.

AQUILINO.

Ya caerá algun dobloncejo.

FRANCISCO.

Mejor.

AQUILINO.

Id pues. — Quiero adrede  
dejarle creer... — (*Bebe.*) ¡Buen vino!

¡Ay! esto me vuelve el alma.

— Con todo, no estoy con calma.

Que por fin sabrá imagino

Orendana que fuí yo

quien descubrí... ¡Guarda, Pablo!

¡Si esa condesa es el diablo!

¡Con qué maña me sacó...!

¡Maldita...! Mas ¿por qué así

persigue...? ¿Si serán celos

de la otra...? ¡Santos cielos!

En sabiendo que está aquí,

el oirla será un gusto.

¡Dios! ¿De qué santo me valgo?

Tan solo de un susto salgo

para entrar en otro susto.

## ESCENA VIII.

*DON AQUILINO. DOÑA CLARA. DON LOPE. FRANCISCO.*

FRANCISCO. Ya llega... Y ¡qué linda!

AQUILINO. ¿Tan pronto...? Pues que entre.

FRANCISCO. Venid.

*(Salen doña Clara y don Lope: aquella sostenida por éste.)*LOPE. *(A Aquilino.)* ¡Ay, amigo!  
Sosténla.

AQUILINO.

¿Qué tiene?

- LOPE. Tal susto la oprime  
que ni alentar puede.
- AQUILINO. Traed una silla. (*A Francisco.*)
- LOPE. Sí, sí... que se siente.
- CLARA. ¡Ay, Dios!
- LOPE. Sosegaos.
- CLARA. ¿Mi hermano no viene?
- LOPE. Veréisle muy pronto,  
pues marchó...
- AQUILINO. Detente.
- LOPE. No puedo: es preciso (*Bajo.*)  
que corra á traerle.
- AQUILINO. ¿Ya sabes la puerta?
- LOPE. Sí, no tiene pierde.  
¿Quién abre?
- AQUILINO. Yo mismo;  
mas deja que suene  
la una: hasta entonces  
cuidado te acerques. (*Vase don Lope.*)

### ESCENA IX.

*DICHOS, menos DON LOPE.*

- AQUILINO. Hermosa Clarita,  
las penas ya cesen,  
pues...  
(*Óyese un campanillazo en el gabinete.*)  
Lllaman... El amo.
- FRANCISCO. A ver voy qué quiere.
- AQUILINO. Tened, que á mí solo  
entrada concede.  
Cuidad de esta niña.  
(*Entra en el gabinete.*)

### ESCENA X.

*DOÑA CLARA. FRANCISCO. Luego DON GONZALO.*

- CLARA. ¡Ay!
- FRANCISCO. (*¿Qué embrollo es este?*)
- CLARA. ¿Se va?
- FRANCISCO. No os asuste

- que aqui sola os deje.  
 CLARA. Mas vos...  
 FRANCISCO. Un criado  
 que os sirva y respete  
 tendreis en mí.  
 CLARA. Pero  
 ¿don Gonzalo...?  
 FRANCISCO. Vedle.  
 (*Sale don Gonzalo. Clara corre hácia él.*)  
 CLARA. ¡Amigo!  
 GONZALO. ¡Clarita!  
 FRANCISCO. (*Marcharme conviene.*)  
 (*Vase llevándose el plato y lo demas que trajo.*)  
 CLARA. ¡Ah! ¿Qué es de mi hermano?  
 ¿Dó se halla? ¿Qué suerte  
 le imponen las iras  
 del hado inclemente?  
 Seis horas mortales  
 estoy ya sin verle,  
 y ansiosos le buscan  
 esbirros crueles.  
 ¿Será que sus brazos  
 el hierro encadene,  
 ó amaga sus dias  
 la bárbara muerte?  
 GONZALO. No asi el bello rostro  
 las lágrimas rieguen;  
 y el dulce consuelo  
 con risa las seque.  
 Aun libre el hermano  
 respira, y en breve  
 podréisle gozosa  
 los brazos tenderle.  
 CLARA. ¿Es cierto?  
 GONZALO. Le aguardo.  
 CLARA. ¡Cuál ansio que llegue!  
 GONZALO. Seguro en mi casa  
 le ofrezco un albergue.  
 CLARA. ¿Le cercan peligros?  
 GONZALO. Grandes, inminentes.  
 CLARA. ¡O cielos!  
 GONZALO. Calmaos,

aquí no los teme.

CLARA. ¡ Ah! no, que un amigo  
leal le defiende.

Aquí á vuestro lado  
¿ quién puede ofenderle?  
¿ No sois poderoso?  
¿ A vos quién se atreve?

GONZALO. Cruel le persigue  
contrario mas fuerte;  
contrario que polvo  
tambien puede hacerme.

CLARA. ¿Cuál crimen...?

GONZALO. Le acusan  
de tramas alevés.

Sabed que esas cartas...

CLARA. ¿ Malditos papeles!  
Mas ¿ cómo han sabido...?  
Sin duda le venden.

GONZALO. ¿ Qué horrible sospecha!

CLARA. Sí, sí...

GONZALO. Mas ¿ quién puede...?

CLARA. Algun falso amigo,  
traidor, que merece  
que el cielo mil rayos  
fulmine en su frente.

GONZALO. ¿ Gran Dios!

CLARA. Por ventura,  
decid: ¿ conocéisle?  
¿ Quién es...? ¿ Dó se esconde?  
Buscadle, traedle.

GONZALO. Calmaos, Clarita.  
¿ Qué intento?

CLARA. Diréle  
que le odio y desprecio,  
y mil y mil veces  
me oirá maldecirle  
con voz que le aterre,  
pidiendo á los cielos  
que justos me venguen.

GONZALO. Cesad...

CLARA. Pues ¿ acaso  
queréis se liberte

del justo castigo... ?  
 GONZALO. ¿Quién... ? ¿yo... ?  
 CLARA. ¿ No os parece  
 que es vil... ?  
 GONZALO. ( ¡ Oh ! ¡ cuál sufro ! )  
 CLARA. ¿ Sentís le deteste ?  
 GONZALO. No , no... Vuestros odios  
 sufrir , Clara , debe...  
 Mas pronto.. ( ¡ Qué angustia !  
 ¡ O cielos , valedme ! )

## ESCENA XI.

DON GONZALO. DOÑA CLARA. DON AQUILINO.

AQUILINO. Ya está en limpio nuestro informe.  
 Ahora firma.  
 GONZALO. No, no quiero.  
 AQUILINO. Que va á volver el portero,  
 y...  
 GONZALO. ¡ Fuera un delito enorme !  
 AQUILINO. ¡ Qué tontuna ! ¿ Te retractas ?  
 GONZALO. Sí.  
 AQUILINO. Pues no es mal compromiso,  
 Hombre , mira que es preciso.  
 GONZALO. No importa.  
 AQUILINO. Tú que te jactas  
 de ser tan formal...  
 CLARA. Por mí  
 no os incomodeis... Si estorbo...  
 GONZALO. ( Un veneno sorbo á sorbo  
 me hacen apurar. )  
 CLARA. De aquí  
 me marcharé.  
 GONZALO. No, quedad.  
 ( *Afectando sonreirse.* )  
 Si esto no es nada... En sustancia  
 un papel... sin importancia...  
 que nada vale.— ¿ Es verdad ? ( *A Aquilino.* )  
 AQUILINO. ( *Fingiéndose la misma risa.* )  
 No... nada... una tontería.  
 GONZALO. Es cosa de entre los dos.

AQUILINO. Pues... de entre los dos. — Por Dios,  
firma... ¿No ves...?

GONZALO. No podría,  
aunque quisiera... Repara  
que está Clara...

AQUILINO. Ella ¿qué sabe...?

GONZALO. No, tal perfidia no cabe...

AQUILINO. Vive el cielo, estamos para...

## ESCENA XII.

*DICHOS. FRANCISCO. EL PORTERO.*

FRANCISCO. El portero. (*Vase y sale el portero.*)

AQUILINO. ¿No lo ves?

PORTERO. Su eminencia...

GONZALO. Bien está.

AQUILINO. Que la una va á dar ya;  
y es fuerza que solo estés.

GONZALO. ¿Qué apuro! ¿Qué haré?

AQUILINO. Cumplamos

con el ministro... Con maña  
de este modo se le engaña,  
y en tanto al otro amparamos.

GONZALO. Tienes razon... sí... conviene...  
No hay mas medio de salvarle.

(*Firma.*)

AQUILINO. Solo falta ya cerrarle:  
voy corriendo... (*Vuelve al gabinete.*)

GONZALO. ¿Oh Dios!

CLARA. (¿Qué tiene?)

¿Cuán agitado le encuentro!

¿Ah! me lo ocultais en vano:

lo veo... un horrible arcano  
aquel pliego lleva dentro.

GONZALO. Sí, Clara... lo lleva... es cierto...

Mas no preguntéis cuál es...

De vergüenza á vuestros pies  
me cayera entonces muerto.

CLARA. ¿Pues tan terrible, tan grave...?

(*Sale don Aquilino con el pliego cerrado, y se le da al portero.*)

AQUILINO. Ya está cerrado. — Tomad.

- PORTERO. Gracias.
- AQUILINO. Id pronto, volad.  
(Empuja al portero fuera de la puerta y la cierra.  
Da la una en el reloj.)  
¡La una...! Es hora.  
(Acercándose rápidamente á don Gonzalo.)  
La llave.
- GONZALO. (Sacándola del bolsillo y dándosela.)  
Toma, y corre sin tardar.
- AQUILINO. Voy por él. (A doña Clara.)
- CLARA. ¿Quién?
- AQUILINO. Por Solís.
- CLARA. ¡Mi hermano!
- AQUILINO. Sí... ¿No venís?
- CLARA. ¡Ah! sí... le corro á abrazar.
- GONZALO. ¡Prudencia!
- AQUILINO. No tengas miedo.  
Venid, Clarita.
- CLARA. Ya os sigo.  
¡Noble y generoso amigo!
- GONZALO. (Dejándose caer aplanado en un sillón.)  
¡No puedo mas!
- AQUILINO. (A doña Clara.) Marchad quedo.





# Acto quinto.

## ESCENA PRIMERA.

*DON GONZALO. DON AQUILINO.*

AQUILINO.

¿Vienes de palacio?

GONZALO.

Sí.

Amigo mio, el informe  
ha salido tan á gusto  
del cardenal, que nuestro hombre  
me dió, lo mismo fué verme,  
dos mil abrazos. Anoche  
quiso presentarle al rey;  
mas era tarde: negóse  
su magestad porque estaba  
algo indispuerto... A las doce  
de hoy debe volver, llevando  
la consulta en que propone  
mi encomienda... Amigo mio:  
es una de las mejores:  
seis mil ducados de renta.

AQUILINO.

¿Entonces ya quién te tose?  
Y di: ¿no habria, aunque fuese  
en el ramo del azogue,  
algun empleillo...?

GONZALO.

¿Cómo!

¿Quiéres dejarme?

AQUILINO.

Conforme.

Si he de llevar esta vida  
llena de sustos...

GONZALO.

¡Un jóven

como tú!

AQUILINO.

Soy muy pacífico;  
y andar siempre en estos trotes...

GONZALO.

Bien: hoy mismo propondré...

AQUILINO.

Y que sea donde cobre  
puntualmente.

GONZALO.

Ya estoy... Pero  
hasta que ponerse logre  
Gabriel en salvo, ya ves...

AQUILINO.

¡Oh! túyo soy hasta entonces.

GONZALO.

¿Le has visto?

AQUILINO.

Sí.

GONZALO.

¿No le falta  
nada?

AQUILINO.

Nada.

GONZALO.

Que no noten...

AQUILINO.

Se halla en el cuarto de adentro,  
donde los pies nadie pone.  
En el primero está Clara;  
y allí solo...

GONZALO.

El pasaporte  
tendrá mañana, y hoy mismo  
tú le buscarás un coche.

AQUILINO.

Sí, sí, que se vaya pronto,  
y que no pare hasta Londres.

GONZALO.

Lo que siento es que se vaya  
Clara con él.

AQUILINO.

Se conoce  
que estás de ella algo prendado.

GONZALO.

Fué mis primeros amores;  
y ahora... Mas es preciso:  
la suerte así lo dispone.

AQUILINO.

¿Vas á verla?

GONZALO.

Ahora tengo  
que hacer... Que nadie me estorbe...  
ni estoy, á no ser que venga  
del ministro alguna orden.*(Éntrase en el gabinete.)*

## ESCENA II.

*DON AQUILINO. Luego LA CONDESA.*

AQUILINO. (*Solo.*) Pues, señor, ganemos tiempo:  
corramos á ver si busco  
el carruaje.

(*Va á salir y ve á la Condesa.*)

¡La condesa!

¡La han dejado entrar!

CONDESA. (*Saliendo irritada.*) ¿Qué escucho?

¡Querer que yo haga antesala!

¿De cuando acá?

AQUILINO. (*La aseguro*

que se engaña si esta vez  
piensa hacerme hablar. — Me escurro.)

CONDESA. ¡Ah, ah! ¿Sois vos?

AQUILINO. (*¡Me pilló!*

Pues me hago en la lengua un nudo.)

CONDESA. ¿Y don Gonzalo?

AQUILINO. (*Haciéndose el distraído.*)

(*A otra puerta.*)

CONDESA. ¿Está?

AQUILINO. (*¡Ya va!*)

CONDESA. Que os pregunto.

¿Está en casa don Gonzalo?

¿No respondeis...? ¿Estais mudo?

¡Vaya un ente...! Que si está

don Gonzalo... De un asunto

tengo que hablarle.

(*Don Aquilino se encoje de hombros, y hace gestos como para decir que no sabe.*)

¿Qué gestos

son esos...? ¿Eh...? Yo presumo  
que de mí se está burlando.

¿Respondereis al fin, bruto?

(*Don Aquilino hace gestos de que no puede.*)

¿Os han prohibido hablar?

(*Don Aquilino dice por señas que no.*)

¿No...? ¿Pues por qué...? ¡Me consumo!

¿Qué sucede en esta casa

que todos...? Algun oculto  
misterio hay sin duda aqui...  
Por fuerza... y vos...

AQUILINO. (*Hablando sin poderse contener.*)

No hay ninguno.

CONDESA. ¡Hola...! ¿Recobrais el habla?

¿Con que he acertado?

AQUILINO. (*¡Qué burro!*)

CONDESA. Pues me lo vais á decir.

AQUILINO. ¿Yo?

CONDESA. Sí, vos.

AQUILINO. Señora, os juro...

CONDESA. Sin mentir.

AQUILINO. ¡Vaya un empeño!

(*Aparte volviéndose á mirar hácia el cuarto de Clara.*)

(Y ¿si comete el absurdo

Clara de salir ahora?)

CONDESA. Vamos, hablad.

AQUILINO. (*¡Ya es apuro!*)

¿Cómo haré...?)

CONDESA. No hay que volverme

la espalda... Punto por punto,

me vais á decir...

AQUILINO. Me gusta.

¿Cómo manda! Como si uno

fuera su... Pues no, señora,

no hablaré... Yo soy astuto,

y veo largo... Quereis

ir con el cuento, seguro,

como antes fuisteis... ¡Qué infamia!

¡Una muger...! Yo me aturdo.

CONDESA. Despues de tanto callar,

¡de palabras qué diluvio!

Y para no decir nada.

AQUILINO. Pues eso quiero yo... justo...

no decir nada... ¿Pensais

que soy bobo y no discurre?

Pues yo no me mamo el dedo;

y ya os conozco; y con pulso

me voy con vos; porque sé

que sois mala y sabeis mucho.

CONDESA. ¿Cómo se entiende?

AQUILINO. (*Volviendo otra vez la vista hácia el cuarto de doña Clara.*)

(A todo esto,  
si sale y la ve...)

CONDESA. ; Qué insulto!

AQUILINO. (*Estoy en ascuas.*)

CONDESA. ; Y siempre  
mirando hácia allí!

AQUILINO. (*Yo sudo...*  
Y esta muger es capaz...  
Mas vale... sí... las afuño.)  
(*Vase corriendo por el foro.*)

### ESCENA III.

LA CONDESA. Luego FRANCISCO.

CONDESA. Escuchad... oid... ; Cuál corre!  
Y sin decir... ; Para qué?  
Harto sé ya, pues conozco  
que oculto aqui debe haber  
algun arcano... Mas ; cuál...?  
Bien claro, ó rabia, se ve.  
; Quién pudo dar el aviso  
á su amigo, si no es él?  
Y la hermana, ; por ventura  
no desapareció tambien?  
; Dónde estarán...? ; Él lo sabe,  
él lo sabe, ingrato, infiel!  
; Cómo descubrir...? Si acaso...  
; Qué idea...! No puede ser...  
; Ellos aqui...! No...—Con todo,  
del otro la palidez,  
su inquietud, su turbacion...  
; Oh! Yo le observé muy bien,  
y estaba como temblando  
de que algo llegase á ver...  
Hácia allí se dirigian  
sus ojos... ; El cuarto aquel  
acaso...

(*Se dirige hácia el cuarto de doña Clara, y se pone á escuchar á la puerta.*)

Se escucha ruido  
dentro... Pasos... ¿ Si podré  
mirar...? Por este agujero...

*(Se pone á mirar por el agujero de la llave.)*

¡ Ah...! ¿ Qué veo...? ¡ Una muger!  
No descubro bien su rostro,  
mas sin duda jóven es...  
¡ Una muger aqui, cielos!  
Y ¿ no estaba aún ayer  
sin habitar esa estancia...?  
Sí, sí, lo estaba... Acerté.  
Aqui se hallan... ¡ Y ha podido  
hasta en su casa esconder...!  
¿ Por qué no...? ¿ Qué sitio habrá  
do mas seguros esten?  
¿ Quién aqui vendrá á buscarlos?  
¿ Quién pensará...? Mas tal vez  
me engaño... Mis necios celos  
me hacen absurdos creer.  
¿ Cómo averiguar podría...?  
No hay nadie aqui... Llamaré.

*(Se dirige hácia el cordon de la campanilla que está al  
lado de la puerta del foro y ve á Francisco, que pa-  
sa por la parte de afuera.)*

¡ Ah...! Francisco... Oid.

FRANCISCO.

Señora...

CONDESA.

Venid... Decidme... ¿ Sabeis  
quién está alli?

FRANCISCO.

¿ En aquel cuarto?

CONDESA.

Sí.

FRANCISCO.

Una señora.

CONDESA.

¿ Quién es?

FRANCISCO.

Una jóven.

CONDESA.

¿ Bella?

FRANCISCO.

Hermosa.

CONDESA.

(¡ Infiel!) Mas ¿ cuándo...? ¿ por qué...?

FRANCISCO.

Vino esta noche.

CONDESA.

¿ Esta noche!

FRANCISCO.

Sí... tarde... Parece ser  
una parienta del amo.

CONDESA.

¿ Parienta!

FRANCISCO.

A lo menos él

así lo dijo.

CONDESA.

(¡ Ah, traidor!)

Y ¿ vino sola?

FRANCISCO.

No.

CONDESA.

¿ Quién

la acompañaba?

FRANCISCO.

Un don Lope,

que en el instante se fué.

CONDESA.

Y ¿ nadie mas ha venido?

FRANCISCO.

Nadie.

CONDESA.

Mentís... Me quereis  
engañar.

FRANCISCO.

Señora, yo...

CONDESA.

¿ Imagináis que no sé  
que ha entrado un hombre esta noche?

FRANCISCO.

Yo nada tuve que hacer  
en eso.

CONDESA.

Mas habeis visto...

FRANCISCO.

Allá muy tarde escuché  
ruido... y vi...

CONDESA.

Decid.

FRANCISCO.

Dos hombres,

y esa niña, al parecer,  
pasar por un corredor.

CONDESA.

¿ Los conocísteis?

FRANCISCO.

No á fé.

La escasa luz... Solo el uno  
se me figuró...

CONDESA.

¿ Quién?

FRANCISCO.

Pues...

él era... Don Aquilino.

CONDESA.

¿ Miren él...!

FRANCISCO.

Yo no diré

de fijo... El otro venia  
tan embozado...

CONDESA:

Está bien. —

Él debe de ser sin duda.

¡ Pérfido! ¡ traidor...! ¿ Qué haré?

No sé... la frente me abrasa...

hierve mi sangre... ¡ Traer

á mi rival...! Y ¡ conmigo

usar de tanta doblez!

¡Guardarla...! ¡Comprometerse...!  
 ¡Mucho la debe querer!  
 ¿Así me pagas, ingrato...?  
 ¡Ah! pierdo el juicio... Sabré  
 si es ella... Sí, salir quiero  
 hoy mismo de esta cruel  
 incertidumbre. — Francisco,  
 aguardad. — Escribiré.

*(Se sienta á la mesa y escribe con precipitacion y muy agitada.)*

FRANCISCO. (La muger está que trina.  
 ¿Qué diablos tendrá...? Par diez,  
 si no me mienten las señas,  
 la pican celos.)

CONDESA. Tened:  
 llevad esta carta.

FRANCISCO. ¿Adónde?

CONDESA. En el sobre lo vereis.

FRANCISCO. ¡Ah! sí. *(Mirando el sobre.)*

CONDESA. Corriendo... Aquí aguardo.

FRANCISCO. Voy. *(Vase corriendo.)*

CONDESA. Veremos si esta vez...

Mas ¡ay, Dios mio...! ¿Qué hice?

¡Ciega estoy...! ¡Así esponer

á Orendana...! No... no quiero...

Mas vale...

*(Yendo hácia la puerta por donde ha marchado Francisco.)*

Volved... volved...

¡Francisco...! Ya no me oye...

Marchó con tal rapidez...

Mas es fuerza detenerle...

Diré que vayan tras de él...

Llamemos.

*(Se dirige otra vez hácia la campanilla. En este instante sale doña Clara de su cuarto. La condesa, al verla, se detiene.)*

¡Cielos! ¿qué veo?

¿Será ella...? Lo sabré.

LA CONDESA. DOÑA CLARA.

- CLARA.           ¿ No está aquí don Aquilino... ?  
                   ¡ Ah... ! señora... perdonad.
- CONDESA.       ¡ Señora... ! ( ¡ Rara beldad !  
                   ¡ Qué rostro tan peregrino ! )
- CLARA.           Pensaba... (*Quiere retirarse.*)
- CONDESA.       ¿ Os vais... ? Esperad.
- CLARA.           ( ¡ Quién será... ? ¡ Cómo me mira ! )
- CONDESA.       ¡ Temeis de mí, por ventura ?
- CLARA.           No por cierto... Antes me inspira  
                   confianza tanta beldad.
- CONDESA.       ( ¡ Cómo no se inflama en ira  
                   mi pecho con sú presencia ?  
                   ¡ Ah ! que ese aire de inocencia... )
- ¿ Con que tan bella os parezco ?
- CLARA.           Sí... mucho.
- CONDESA.       Yo os lo agradezco.
- CLARA.           Si me dais vuestra licencia...
- CONDESA.       No os marcheis... Veros me agrada  
                   aun mas de lo que pensais...  
                   Vos tambien bella, agraciada,  
                   á mis ojos os mostrais...  
                   ( ¡ Harto, en verdad, desdichada ! )
- CLARA.           Señora, ¿ saber podré  
                   á quién debo tal fineza ?
- CONDESA.       Soy... mas tarde os lo diré.
- CLARA.           Perdonadme esta franqueza:  
                   quizá en preguntarlo erré.
- CONDESA.       No, no hay misterio... Mas vos  
                   con tal pregunta, ¿ no veis  
                   que á otra igual os esponcis ?
- CLARA.           ¡ Ah !
- CONDESA.       ¿ Y cuál debe de las dos  
                   temer mas ? ¿ Enmudeccis ?
- CLARA.           Yo...
- CONDESA.       El rubor de ese semblante  
                   harto en que entender me diera,  
                   si quien sois ya no supiera.
- CLARA.           ¿ Quién os ha dicho... ?

CONDESA.

El amante

que aqui esta noche os tragera.

CLARA.

Mirad bien lo que decís.

Quien de esa suerte se espresa  
que ignora quién soy confiesa.

CONDESA.

De don Gabriel de Solís

¿no sois la hermana?

CLARA:

¡ O sorpresa!

¿Sabeis, señora...?

CONDESA.

Mas sé.

En esta casa escondido,  
cerca de aqui le hallaré.

CLARA.

¡ Ah, por Dios!

CONDESA.

(Adiviné.)

CLARA.

Pero ¿ cómo habeis sabido...?

CONDESA.

Me lo ha dicho don Gonzalo.

CLARA.

¡ Don Gonzalo!

CONDESA.

Vuestro amor.

CLARA.

¡ Insistís en ese error!

CONDESA.

Los oidos os regalo.

CLARA.

Señora, hacedme el favor...

CONDESA.

El enojo refrenad

que mi franqueza os inspira;  
que en estos casos la ira  
descubre mas la verdad.

CLARA.

Mucho el oiros me admira.

CONDESA.

Poca ofensa me parece  
vuestro afecto recordar:  
ni puede nunca agraviar  
á quien tanto amor merece  
un puro amor inspirar.Si no ha mentido la fama,  
allá en la infancia nació,  
y en tierna, inocente llama,  
á quien niña os conoció  
amais á la par que os ama.Esa sencilla pasion  
habrá á quien dé tal vez celos;  
mas la ocultais sin razon:  
¿ qué os importan los desvelos  
de otro amante corazon?

CLARA.

Mucho asombrarme, señora,

debe tan extraño hablar ;  
 y no sé si en vos ahora  
 una amiga he de mirar ,  
 ó una enemiga traidora.  
 Mas tanto sabéis de mí,  
 que , aunque me causa estrañeza ,  
 fuera el negarlo simpleza ;  
 y contestar piensa así  
 á franqueza con franqueza.

Inocente , aun no sabia  
 mi pecho lo que era amor ,  
 y ya á Gonzalo queria ,  
 é inflamada me sentia  
 por desconocido ardor.

Toda entonces ilusiones ,  
 á mi afecto me entregué ,  
 y en agradables ficciones ,  
 tal vez ¡ay! la union soñé  
 de dos fieles corazones.

Fiel siempre el mio quedó ;  
 que á pesar de desengaños ,  
 aun á arrojar no llegó  
 la flecha que en tiernos años  
 firme el amor le clavó.

Mas tener alma constante  
 ¿qué le sirve á la muger ,  
 si al viento menor fluctuante  
 el hombre menos amante  
 deja la suya ceder?

Mientras triste , solitaria ,  
 yo en mis sueños me mecía ,  
 aquí la suerte contraria  
 con nuevo amor seducía  
 de Gonzalo el alma varia.

Sí , nuevo amor ; que aunque ignoro  
 quién al yugo le ha rendido ,  
 ¿qué otra causa habrán tenido  
 tres años de amargo lloro ,  
 y tanto tiempo de olvido ?  
 ¡Cómo... ! ¿Os ha olvidado ?

CONDESA.

CLARA.

Sí.

CONDESA.

¿Y en esos años de ausencia... ?

:

- CLARA. Ni una carta suya vi.
- CONDESA. Mas hora vuestra presencia  
habrá renovado aquí...
- CLARA. Tan solo una vez me ha hablado.
- CONDESA. ¡Solo una vez!
- CLARA. Vile afable,  
fino, mas no enamorado.
- CONDESA. Pero estando á vuestro lado,  
que hoy os vuelva á amar es dable.
- CLARA. ¿Cómo, si ausentarme debo?
- CONDESA. ¿Pronto?
- CLARA. Mañana... Él lo quiere...
- CONDESA. ¡Él!
- CLARA. Sí.
- CONDESA. A creer no me atrevo...  
¡Mañana...! ¡y él...! Si eso fuera  
verdad.
- CLARA. Lo es. Lejos llevo  
mi amor, mi triste existir;  
y voy, quedándose ¡ay cielos!  
mi corazon al partir,  
abandonada y con celos  
en tierra estraña á morir.
- CONDESA. ¿Con que no os ama...? ¿Es verdad?  
¡Ah! Decid eso, decidlo...  
Que lo oiga otra vez... Hablad...  
No me engañeis, por piedad...  
Si eso es cierto, repetidlo.
- CLARA. ¡Qué estraño gozo!
- CONDESA. ¿No os ama?
- CLARA. Cada vez mas me asombrais.
- CONDESA. Mas ¿no os ama?
- CLARA. ¡Cuál estais!
- CONDESA. Decid.
- CLARA. ¡Qué ardor os inflama! —  
¡Ah...! lo veo... Vos le amais.
- CONDESA. ¿Yo...? ¿Quién dice...?
- CLARA. Sí, señora:  
vuestro amor ocultais mal.
- CONDESA. Si, me abrasa, me devora:  
mi pecho le ama, le adora...  
Ved en mí á vuestra rival.

CLARA. ¡Ay! (*Se cubre el rostro con las manos y se sienta abatida.*)

CONDESA. ¡Os asombro, os espanto...!  
¡Me veis con odio y horror!

CLARA. No: solo hallo en mí quebranto,  
suspiros para el dolor,  
y estos ojos para el llanto.

CONDESA. ¡Cómo! ¿No me aborreceis?

CLARA. Y ¿de qué me aprovechará?  
¿Acaso porque os odiara,  
cesara el llanto que veis,  
ó que él me amase lograra?

CONDESA. (¿Qué dice? ¿Pasmada quedo!)

CLARA. Vos sí, que odiándome estais:  
vuestros ojos me dan miedo.

CONDESA. Lo queria... Mas hablais,  
y aborreceros no puedo.  
Mas bien me dais compasion.

CLARA. ¡Ah! Compadecedme, sí:  
podeislo hacer con razon.  
¡Cuántas lágrimas vertí!  
¡Cuál sufrió mi corazon!  
En vano yo me decia:  
"deja de amar á un ingrato..."  
Cuanto mas esfuerzo hacia,  
en mi delirio insensato  
mas esta hoguera crecia.  
Infel, aleve y traidor  
la mente me le pintaba;  
y sin embargo, le amaba,  
y el alma con ciego error  
por él disculpas buscaba;  
y aun cuando tras largo olvido  
la suerte aqui me condujo,  
á este pecho siempre herido  
necia esperanza sedujo  
de hallarle fiel y rendido.  
Me engañé... Ya ante mis ojos  
miro la verdad cruel;  
y do con vanos antojos  
buscaba rosa y clavel  
hallé solamente abrojos.

Triunfe, pues, vuestra beldad:  
 ahogar sabré mi dolor,  
 y goce el premio de amor,  
 goce su felicidad  
 quien lo merece mejor.  
 Yo pobre y desventurada,  
 ¿qué le pudiera ofrecer?  
 Solo una alma enamorada,  
 y en fortuna limitada  
 tristeza en vez de placer.  
 Vos al contrario, señora:  
 ese aire noble, ese porte  
 diciéndome estan ahora  
 que en vos sin duda atesora  
 su joya mejor la corte.  
 Bienes, honores, nobleza,  
 cuanto á un hombre satisface,  
 á par con vuestra belleza,  
 para labrar su grandeza  
 le promete vuestro enlace.  
 En nudo santo, dichoso,  
 en tierna, plácida union...

CONDESA.

¡Ah! ¿qué decís?

CLARA.

Venturoso

podrá ser su corazon...

CONDESA.

¡Nudo santo...! ¡Union...! ¡Penoso,  
triste recuerdo!

CLARA.

Vos, sí,

sabreis su dicha labrar.

¿No es verdad...? Tan solo asi  
 os puedo al fin perdonar  
 que me le quiteis á mí.

CONDESA.

¡Qué...! ¿Vierais sin amargura...?

CLARA.

Pues qué, ¿acaso yo le amara,  
 si á costa de mi ventura  
 la suya no deseara?

Ni comprada asi me es cara;  
 pues si dichoso le sé,  
 cesando ya mis enojos,  
 dichosa tambien seré;  
 y alegre, al fin, secaré  
 las lágrimas de mis ojos.

No es sin remedio ni mal:  
 me queda mejor esposo;  
 en vez de lecho nupcial,  
 tendré para mi reposo  
 una celda y un sayal;  
 y allí en ferviente oracion,  
 si cumplís mi ardiente anhelo,  
 tranquilo mi corazon  
 pedirá tan solo al cielo  
 que bendiga vuestra union.

CONDESA.

Callad, callad... No sabeis  
 el mal que me estais haciendo.  
 ¿Qué decís? ¿Qué pretendéis?  
 En este pecho ¿no veis  
 que un puñal estais hundiendo?  
 ¿Unirme á él...! Eso fuera  
 mi dicha, mi bien mayor:  
 riquezas, todo lo diera  
 para lograrlo mi amor...  
 Mas ¡ay! es sueño, es quimera.  
 ¿Sabeis vos si eso es posible?  
 No, no lo es... Entre los dos  
 un obstáculo invencible,  
 eterno, santo, terrible,  
 puso el mundo, puso Dios.  
 Sabedlo ya. — ¿Qué iba á hacer?  
 No, no lo debeis saber  
 Sois pura... Si os lo dijera,  
 yo vuestro aprecio perdiera,  
 y hora lo anhelo tener.  
 Mucho por Gonzalo, es cierto,  
 me han visto hacer decidida:  
 yo le consagré mi vida...  
 Si está de honores cubierto,  
 si la suerte sin medida  
 le da empleos y riquezas  
 con que á la corte deslumbre,  
 si en breve de las grandezas  
 llegue tal vez á la cumbre,  
 se lo debe á mis finezas.  
 Yo quise y logré elevarle...  
 ¿Qué mas? Para su ventura

aun buscaba mi ternura  
otro bien mayor que darle...  
Y halléle al fin... Hermosura,  
alma noble y generosa,  
y virtud aun mas preciosa,  
de todo le dotó Dios...

Ese raro bien... sois vos...

Dóiselo, pues... Sed su esposa.

CLARA.

¡Ah! ¿qué decís...? Reparad...

CONDESA.

Señora, ¿pensais ganarme  
á mí en generosidad?

Yo debo sacrificarme...

Id, y la mano le dad.

Vos sola le mereceis,

yo no... Y acaso con esto

repare algun mal funesto

que os hice y vos no sabeis.

A llorar mucho me apresto

de esta suerte, bien lo sé;

mas lo que decís, diré:

su ventura es mi consuelo;

y tambien, rogando al cielo,

vuestra union bendeciré.

CLARA.

¡Qué oigo...! Señora, dejad  
que á vuestras plantas bendiga  
tanta generosidad.

CONDESA.

No... Mas bien os arrojad  
en los brazos de una amiga.

*(Se abrazan.)*

## ESCENA V.

DICHOS. DON GONZALO. DON AQUILINO.

GONZALO. *(Saliendo de su gabinete y viéndolas abrazadas.)*

¡Qué veo...! ¡Con la condesa  
Clara...! ¡Y abrazada!

*(Sale corriendo don Aquilino, y sin reparar en las dos mugeres, se acerca á don Gonzalo.)*

AQUILINO.

Amigo,  
novedad. Lope una carta

me escribe en que con sigilo  
me manda dar á Solís.

GONZALO. ¡Quedo...! ¡No adviertes...?  
(*Enseñándole á la condesa.*)

AQUILINO. (¡Qué miro?)  
¡Aqui todavía...?)

GONZALO. ¡Y bien?

AQUILINO. Qué... (¡Maldita!)

GONZALO. Vamos, dílo.

¡Qué has de darle?

AQUILINO. Esta otra carta.

GONZALO. Pues vé, y dácela.

AQUILINO. Voy listo.

(¡Las dos juntas...! ¡Se cayó  
la casa á cuestras!)

## ESCENA VI.

*LA CONDESA. DOÑA CLARA. DON GONZALO.*

GONZALO. Me admiro  
de ver...

CONDESA. ¡El qué?

GONZALO. Esos abrazos.

CONDESA. ¡Son acaso sin motivo?

¡No es parienta vuestra?

GONZALO. ¡Ah...! Sí.

CONDESA. Pues abrazarla es preciso.

Decidme: ¡es sobrina...? ¡prima?

¡Qué grado...? ¡Tercero ó quinto?

GONZALO. Es... prima... un poco lejana.

CONDESA. ¡Y tanto...! ¡Mucho me río!

GONZALO. Señora...

CONDESA. ¡Siempre misterios!

Si lo sé todo, amiguito.

GONZALO. ¡Cómo!

CONDESA. Esta jóven es...

GONZALO. ¡Quién?

CONDESA. ¡Necesitaré decirlo?

Doña Clara... la hermanita.

de...

GONZALO. ¡Cielos...! Y ¡habeis tenido

(A Doña Clara.)

la imprudencia de...

CLARA.

Vos sois  
quien el secreto habeis dicho.

GONZALO.

¿Yo?

CLARA.

Sí, vos... Ella lo dice.

GONZALO.

¡Ella...! Os engaña.

CLARA.

¡Dios mio!

¿Será cierto?

(Se oyen voces dentro del cuarto de doña Clara. A poco rato salen don Gabriel y don Aquilino, procurando éste contener á aquel.)

## ESCENA VII.

DICHOS. DON AQUILINO. DON GABRIEL.

AQUILINO. (Dentro.) No saldrás.

GABRIEL. Deja. (Idem.)

AQUILINO. Detente.

GONZALO. ¡Qué ruido!

AQUILINO. Es una imprudencia. (Saliendo.)

GABRIEL. Aparta:

déjame huir de este sitio.

GONZALO. ¿Qué es eso, amigo? ¿No ves que te espones al peligro...?

GABRIEL. Y ¿qué te importa, malvado?  
Si venderme es tu designio,  
deja que yo mismo ahora  
me entregue á mis enemigos;  
así á lo menos, infame,  
ahorrarte podré un delito.

CLARA. ¡Santo Dios!

CONDESA. ¿Pues qué...

GONZALO. ¿Te atreves...?

GABRIEL. Ya tu perfidia he sabido.  
¿Ves esta carta? Es de Lope,  
que en fiel, amistoso aviso,  
dice eres tú quien ayer  
me delataste al ministro;  
que mientras aparentabas  
darme en tu casa un asilo,

en un informe sangriento  
proponias mi castigo;  
y que hoy debes entregarme  
á mis verdugos impíos.

GONZALO. ¿Eso dice?

GABRIEL. Mira... lee.

GONZALO. ¡Dios!

GABRIEL. Ese informe, él lo ha visto;  
y ya es público en Madrid  
que tú, traidor, me has vendido.

CLARA. ¡O cielos! ¿Será posible  
tanta infamia? ¡Me horrorizo!

GONZALO. (*A la condesa con amargura y despecho.*)

¿Lo veis, señora, lo veis?  
Este fruto han producido  
vuestra pasión, vuestro encono...  
Muger funesta, os maldigo.

CONDESA. ¡Ah! (*Se deja caer abatida en un sillón,  
y permanece en el anonadada.*)

CLARA. ¿Cómo?

GABRIEL. ¿Qué dices?

GONZALO. Ella,

ella es el genio maligno  
que interpuesto entre los dos  
á entrambos nos ha perdido.  
Ella descubrió el secreto,  
y ella...

GABRIEL. ¿Qué oigo?

CLARA. ¡Monstruo indigno!

GABRIEL. ¿Será verdad?

AQUILINO. Yo lo afirmo.

¡Él venderte! ¡Él que intentaba  
libertarte, voto á Cristo!

GABRIEL. Pero ese informe...

GONZALO. Forzoso

el estenderlo me ha sido.  
Me lo mandaban... Debía  
disimular... Mas testigo  
es de cuánto me costó  
aquel esfuerzo Aquilino.

AQUILINO. ¡Oh! si, tuvimos un rato...

GONZALO. Mas tambien, cual fiel amigo,

amparándote en mi casa,  
com mi deber he cumplido.  
Seguro aqui te creía;

(*Mirando á la condesa.*)  
y si hay algun pecho inicuo  
que á delatarte se atreva,  
será igual nuestro destino.

ESCENA VIII.

DICHOS. FRANCISCO.

FRANCISCO. ¡Ah! señor... (*Saliendo azorado.*)

GONZALO. ¿Qué hay?

FRANCISCO. Yo no sé  
qué es lo que habrá sucedido;  
pero...

GONZALO. Hablad... Estais turbado.

FRANCISCO. Hay en la calle un gentío...  
La casa está rodeada...  
Y vienen dando unos gritos...

GONZALO. ¿Qué será?

FRANCISCO. Se ven soldados,  
hombres, mugeres, esbirros...

CONDESA. (*Levantándose aterrada.*)  
¡Cielos! Ya no me acordaba.  
Yo soy quien... ¡Ah! me abomino.  
Esplicaos.

GONZALO.

CONDESA. Cuando supe  
que aqui estaban escondidos...

GONZALO. ¿Y bien?

CONDESA. Furiosa...

GONZALO. Acabad.

CONDESA. En mi ciego desvarío,  
dí parte...

GONZALO. ¡Muger odiosa!

GABRIEL. ¡Vos!

CLARA. ¡Dios mio!

AQUILINO. ¡Basilisco!

GONZALO. Y ¿habeis osado...?

CONDESA. Ocultaos...

Sí... por Dios... os lo suplico...

Que yo sabré...

AQUILINO. Pero ¿dónde?

GONZALO. No es dable en este recinto.

CONDESA. Pues huid.

AQUILINO. La puerta falsa...

FRANCISCO. ¡Si todo está circuido!

AQUILINO. ¡Estamos frescos!

CONDESA. Ya llegan.

AQUILINO. Caimos en el garlito.

GONZALO. Gozaos en vuestra obra,  
perversa.

CONDESA. ¡O cruel suplicio!

AQUILINO. (*Mirando hácia la puerta.*)

¡Un alguacil...! No, que es Lope.

TODOS. ¡Lope!

## ESCENA IX y ÚLTIMA.

DICHOS. DON LOPE.

(*Sale don Lope desalado, y viendo á don Gabriel corre hácia él y le abraza.*)

LOPE. Sí, yo soy, querido.

Dame un abrazo... Por fin,  
aunque pese á algun indigno,  
ya estás libre.

TODOS. ¡Libre!

GONZALO. ¿Es cierto?

LOPE. (*A don Gonzalo, con energia y desprecio.*)

Sí.—Pero tú estás perdido.

GONZALO. ¡Cómo...!

LOPE. Como que mil diablos  
se han llevado á tu ministro.

GAB. y GON. ¡Alberoni!

LOPE. Ya cayó.

GABRIEL. ¿Quién ha logrado...?

LOPE. Tu escrito.

GABRIEL. ¡Mi escrito!

LOPE. Por sus razones  
su magestad convencido,  
y á las súplicas cediendo

de altos personajes dignos  
de su aprecio, al cardenal  
destierra de sus dominios.  
Ya el pueblo con tal noticia  
de júbilo poseido,  
en vivas mil por las calles  
demuestra su regocijo.

GONZALO.

¿Qué escucho?

LOPE.

Y en cuanto á tí,  
amigo, siento decírtelo:  
quedas también de tu empleo  
y honores destituido.

GONZALO.

¡Ah!

GABRIEL.

No desmayes: si alcanzan  
algun premio mis servicios,  
tu pronta reposición,  
ese solamente pido.  
Jamás olvidar podré  
que hallé en tu casa un abrigo,  
y todo resentimiento  
le borra este beneficio.

GONZALO.

¡Amigo! (*Se abrazan.*)

AQUILINO.

¿Es decir que yo  
pierdo también mi destino,  
y quedo otra vez por puertas?  
¡Ah, mal haya...!

GABRIEL.

No, querido:  
ya haremos que...

CONDESA.

Yo prometo  
empeñarme si es preciso.

AQUILINO.

¿Vos...? No.

CONDESA.

¿Por qué?

AQUILINO.

Porque sois  
muy mala mujer, clarito.

CONDESA.

Ese concepto...

AQUILINO.

Es de todos.

CONDESA.

¿De todos?

CLARA.

(*Yendo hacia la condesa y abrazándola.*)

No, no es el mío:  
que antes en ella encontré  
un corazón noble y digno  
de todo aprecio.

CONDESA. (*A Aquilino.*) ¿Lo veis?

AQUILINO. ¡Está muger gasta hechizos!

CONDESA. (*Abrazando á doña Clara.*)

¡Ah! gracias, señora, gracias:  
mucho este aprecio os estimo.

— Don Gonzalo... ya de vos  
para siempre me despido.

¡Cómo!

GONZALO.

CONDESA.

    Mi honor, mi reposo  
piden este sacrificio.

Mucho me cuesta... no importa...

En hacerlo no vacilo.

    (*Señalando á doña Clara.*)

Aquí teneis quien os debe

hacer feliz... Solo exijo

que tambien la hagais dichosa...

y no me deis al olvido.

FIN DE LA COMEDIA.









